

Betel

Betel, la morada del Dios de Jacob

Título original en holandés: *Bethel, Huis van Jakobs God*

Copyright ©2004 Hugo Bouter

ISBN 978 9 070 92634 2

Traducción de la versión inglesa: David Sanz

Primera edición en español:

© mAQuelia, 2014. Todos los derechos reservados

ISBN 978 1 291 92381 0

Las citas bíblicas corresponden a la versión RV de 1977

Esta obra no será reproducida ni transmitida total o parcialmente en ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo el fotocopiado, grabación o registro en cualquier sistema de recuperación de datos sin el permiso escrito de Maquelia.

Impreso por Lulu.com

Printed in France

Hugo Bouter

Betel

LA MORADA DEL DIOS DE JACOB

«Levántate, sube a Betel...»

Génesis 35:1

«Yo me alegré con los que me decían:

¡A la casa de Jehová iremos!»

Salmo 122:1

ÍNDICE

1. Introducción.....	9
2. Cristo, la Piedra viva.....	13
3. Una escalera que llega hasta el cielo.....	19
4. Primera revelación en Betel	26
5. El primer pilar de piedra	34
6. El voto de Jacob	40
7. Primer llamamiento de regresar a Betel	46
8. Mahanaim.....	51
9. Peniel	56
10. El secreto de la victoria de Jacob.....	63
11. Un nuevo comienzo.....	67
12. La casa en Sucot.....	72
13. El altar cerca de Siquem	76
14. Segundo llamamiento de regresar a Betel	81
15. Betel, morada de Dios	85
16. Desechando los dioses ajenos	90
17. La encina junto a Siquem	98
18. El altar en Betel.....	104
19. La encina del llanto	111
20. Segunda revelación en Betel	117
21. El segundo pilar de piedra	124

INTRODUCCIÓN

Dios quiere habitar con el hombre

El deseo de Dios es revelarse al hombre y tener comunión con él, con el que también desea habitar. Dios es el Dios de Betel, el Dios de Su casa, porque Bet-El significa «casa de Dios». Tiene en la Tierra una morada en la que habita y se revela a aquellos que vienen a Él.

¿Cómo es esto posible? Si Dios es santo, ¿cómo puede habitar con los pecadores hijos de los hombres? En realidad, esto no es nada lógico que suceda. Dios no tolera el pecado y es imposible que un pecador venga a Su presencia. Una vez que Adán y Eva fueron expulsados de la presencia de Dios tras haber pecado, ¿cómo podían aventurarse sus descendientes a acercarse a Él cuando llevaban la imagen de sus padres pecadores?

El hombre solo puede acercarse a Dios sobre una base justa que satisfaga Sus exigencias santas y cubra sus necesidades como pecador. Esta base la establece la muerte de un sustituto, un cordero

para el sacrificio, inocente pero que ocupe el lugar del pecador culpable. Abel se acercó a Dios sobre esta base y Él le respetó, y según esta misma base Noé vino a Dios, quien olió el dulce aroma (olor de descanso) de su ofrenda, y lo respetó a él y a su familia. Los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob también edificaron altares para ofrecer sus sacrificios a Dios.

Él habita con un pueblo redimido

Pero hay algo más. Dios solo puede habitar con un pueblo liberado de la esclavitud, como leemos en el libro del Éxodo. Condujo a Su pueblo con brazo fuerte fuera de Egipto, donde vivían en esclavitud, para separarlos para Él y habitar entre ellos. Únicamente tras su liberación del poder del enemigo los israelitas pudieron servir a Dios y Él pudo establecer Su santuario en medio de ellos. De este modo, Dios poseía una casa en la que habitar.

Sin embargo, el santuario en medio de Su pueblo Israel era solo una figura de la casa que Dios tiene ahora en la Tierra. Cristo vino como el Cordero de Dios, y Su sacrificio cumplió con todo el servicio envuelto de sombras del Antiguo Testamento. Realmente satisfizo todas las demandas divinas y Su obra consumada es la base sobre la que Dios puede habitar con los Suyos y en ellos (ver Jn. 14:37). Como cristianos, somos miembros de la familia de Dios y tenemos acceso al Padre por el Espíritu (Ef. 2:18-19; 3:12), y

somos auténticos adoradores que adoran al Padre en espíritu y en verdad (Jn. 4:23).

Las experiencias de Jacob con la casa de Dios

¿Qué nos aporta la historia de Jacob en este contexto? En realidad mucho, porque Dios dijo al patriarca del pueblo de Israel que quería tener una morada en la Tierra. Se le dio a conocer como el Dios de Betel, el Dios de la *casa de Dios* que quería habitar con Jacob y bendecirlo, por lo que le permitió que él habitara también con Dios.

Ah, pero Jacob no entendió casi nada al principio. La presencia divina le asustaba y abandonó el lugar donde Dios habitaba. Se dispuso a hacer un largo viaje y se alejó de la casa de Dios. Durante muchos años vivió lejos de Betel, pero al final Dios intervino y le trajo otra vez de vuelta. No fue cosa de coser y cantar, dado que supuso muchas experiencias dolorosas. A la larga, esta disciplina, que fue para el bien de Jacob, le llevó de vuelta a la presencia de Dios.

Por este motivo, sus experiencias con la casa de Dios en Génesis 28:35 a nosotros nos dicen mucho. Nos muestran que Dios tiene que tomarse muchos *cuidados* para que un creyente vuelva al lugar donde Él habita. También nos enseñan que tiene mucha *paciencia* para prepararlo para Su presencia de un modo práctico, a fin de que pueda acercarse como adorador.

Así pues, en lo que se refiere a nuestra conducta en la casa de Dios, la Iglesia del Dios vivo, la vida de Jacob contiene numerosas lecciones espirituales. Nuestro objetivo principal será meditar en ellas, aunque consideraremos también el significado profético que tienen las experiencias de Jacob para Israel como nación. Intentemos aprender, como cristianos, de estos capítulos de las Escrituras. «Porque las cosas que se escribieron en el pasado, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por medio de la paciencia y de la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza» (Rm. 15:4).

CRISTO, LA PIEDRA VIVA

Génesis 28

La Roca de la salvación

Al encontrarnos con Jacob en Génesis 28, vemos que huyó de la presencia de su hermano Esaú, a quien había engañado. Le arrebató la primogenitura y la bendición, y estaba dispuesto a hacer cumplir la promesa de Dios de que el mayor serviría al menor. Pero rehusó esperar a que Dios dijera cuándo iba a ser el momento, por lo que recogió el fruto de las semillas de celos que había sembrado cuando tuvo que huir de su hermano porque quería matarle.

Mientras iba de camino, encontró un lugar de descanso sobre una piedra: «Y llegó a un cierto lugar, y durmió allí, porque ya el sol se había puesto; y tomó de las piedras de aquel paraje y puso a su cabecera, y se acostó en aquel lugar» (v. 11).

Enseguida podremos trazar un paralelo entre Jacob y el pueblo de Israel. Jacob halló descanso sobre esta piedra, y la nación que descendería

de él encontraría descanso en el Señor, su Roca, Amparo y Refugio (Sal. 61:2,3; 62:2,6-8). Sin embargo, ellos abandonaron la Roca de su salvación y le provocaron a celos con los dioses extranjeros (Dt. 32:4-18). También rechazaron a su Mesías, la Piedra en la que debían depositar su fe (Is. 28:16). No le recibieron, pero la Piedra que los edificadores rechazaron se ha convertido en la principal piedra angular. Esto fue una obra de Jehová que nos deja maravillados (Sal. 118:22,23; Mt. 21:42-44; Hch. 4:10-12; 1ª P. 2:4-7).

Cristo fue despreciado y rechazado por el hombre, pero honrado por Su Dios y Padre, pues Dios ha ensalzado la Piedra rechazada dándole el lugar más relevante dentro del templo espiritual de Dios, Su morada actual. Esta morada de Dios consiste en todos aquellos que vienen a Cristo con fe y hallan descanso en Él, pues ofrece el verdadero descanso a todos los que vienen (Mt.11:28).

De esta manera, Él se ha convertido en la principal Piedra angular de la morada del Dios vivo (Ef. 2:20-22). Todos los que vienen a Él con fe pueden afirmar:

*En Cristo la salvación descansa firme;
es la Roca de los siglos que resiste.
No puede la fe ser abatida si
descansa en la Piedra Viva.*

El Señor resucitado, Cristo la Piedra viva, constituye el lugar de descanso para todos los Suyos. Dios contempla con satisfacción a la Persona y obra de Cristo, quien le glorificó completamente en la cruz del Calvario. Y es solo según esta obra consumada que Dios invita al hombre a que venga a Cristo para obtener la paz eterna.

Esta invitación no se pretende solo para el remanente fiel de Israel, sino que se extiende además a las naciones. Si trazamos un paralelo entre Jacob y su descendencia en relación con Cristo, la Piedra Viva, no es algo que se intenta dar solo a Israel. En esta dispensación, en la que nuestro Señor Jesucristo ha sido rechazado por Su pueblo terrenal, ofrece el verdadero descanso a todos los que vienen a Él, ya provengan de Israel o de las naciones.

Sobre esta Roca edificaré Mi Iglesia

Todas estas personas que vienen a Jesús con fe, sean de Israel o de las naciones, se añaden a la casa de Dios como piedras vivas. El tabernáculo del Antiguo Testamento, y más tarde el templo, servían como un tipo de esta casa espiritual, pues la sustancia, la realidad completa de estas cosas, ha venido con Cristo (Col. 2:17).

En este sentido, nuestro Señor describe este templo verdadero de Dios como la casa que se fundamentaría en Él como Hijo del Dios vivo. Esto lo hallamos en el Evangelio según Mateo, que nos describe al Señor como el Mesías recha-

zado. Pero a pesar de Su rechazo continuó siendo el Cristo, el Hijo del Dios vivo, que iba a derrotar la muerte y a salir victorioso del sepulcro. Cuando Pedro le confesó con estos términos, Jesús le contestó diciendo: «Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» (Mt. 16:16-18).

La Iglesia es el fruto de la muerte y resurrección de Cristo. La *Iglesia* del Dios vivo se edifica en el *Hijo* del Dios vivo, que consiste en unas piedras vivas que participan de Su vida, en pecadores por naturaleza muertos pero vivificados por Él e integrados al templo de Dios. Pedro era una de estas piedras vivas que deben su vida a Cristo la Roca. Jesús le llamó Pedro, es decir, «piedra». Le dio una vida nueva y un nombre nuevo. Pedro hace mención de esto en su primera epístola cuando habla de la Piedra escogida y de las muchas piedras vivas que vienen a Él y son edificadas una casa espiritual (ver Mt. 16:18; Jn. 1:43; 5:21; Ef. 2:5,21; 1ª P. 2:4,5).

La Iglesia o Asamblea es la actual morada de Dios. Se ha edificado en Cristo, en el Hijo del Dios vivo, quien ha suprimido la muerte y ha sacado a la luz la vida y la inmortalidad. No se podía edificar hasta que Cristo hubiera consumado la obra de la redención, con la que poder disponer el fundamento apropiado para el templo del Dios vivo. Fue solo después de la venida del Hijo de Dios y de que se hubiera asociado con nosotros por

Su muerte y resurrección que Dios pudo habitar realmente con los hombres y en ellos.

Una Roca ofensiva

Pero queda ver el otro lado: la Piedra no es solo una Roca de salvación para los que creen, sino también una ofensa para los que continúan en incredulidad. Para quienes todavía desobedecen la palabra Él es una Piedra de tropiezo y una Roca que ofende (1ª P. 2:7). El Señor ya lo había anunciado en los evangelios. La piedra rechazada se ha convertido en la piedra principal del ángulo de la casa de Dios. Quienquiera que caiga en esa piedra será desmenuzado, porque se acerca el tiempo en que Él caerá sobre Sus enemigos y los reducirá al polvo (Mt. 21:40-45; Lc. 20:16-19).

Esto nos recuerda la escena que describe el profeta Daniel al descifrar el sueño de Nabucodonosor (Dn. 2). Los reinos del mundo serán aplastados por una Piedra, cortada no por manos, que llenará toda la Tierra después de haberlos reemplazado. Cristo está esperando a la diestra de Dios hasta que todos Sus enemigos sean puestos por estrado de Sus pies. Cuando de repente aparezca, sin que el hombre haya tenido nada que ver con Su manifestación, juzgará a Sus enemigos y establecerá un reino eterno, del que Él mismo constituirá el gran Centro glorioso.

Luego Su autoridad será reconocida en todas partes. Las cosas serán reunidas en un todo bajo Cristo (Ef. 1:10), y entonces el remanente fiel de

Israel también encontrará el descanso en la Piedra que se pone en Sión como fundamento sólido —igual que el patriarca Jacob lo tuvo en la piedra que colocó a su cabecera en Betel—.

En resumen, las enseñanzas de las Escrituras con referencia a Cristo, la Piedra viva, nos hacen distinguir los cuatro siguientes aspectos:

1. Es el lugar de descanso para cuantos vienen a Él con fe.

2. Él es la piedra del fundamento de la casa de Dios, la Iglesia del Dios vivo sobre quien esta se edifica.

3. Sin embargo, para los que le rechazan, y para la gran masa incrédula de Israel en particular, es una piedra de tropiezo y una Roca ofensiva en la que ellos dan traspies y se caen.

4. Como piedra, Él se precipitará sobre Sus enemigos al final de esta dispensación. Los aplastará a todos y será luego el Centro reconocido del reino milenarío.

Estas consideraciones nos llevan hasta la siguiente experiencia de Jacob: la escalera que vio apoyada en el suelo con el extremo superior que llegaba hasta el cielo. Esta escalera hace referencia a una profecía de la época de la restauración de todas las cosas y al reino futuro de nuestro Señor Jesucristo.

UNA ESCALERA QUE LLEGA HASTA EL CIELO

Génesis 28

Veréis el cielo abierto

Después de dormirse, Jacob soñó algo muy especial: «Y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella» (v.12). En su sueño, los cielos estaban abiertos y vio que el Cielo y la Tierra estaban conectados por una escalera por la que subían y bajaban ángeles.

Esta visión tiene un profundo significado profético, porque nuestro Señor ya se refirió a ella en el capítulo 1 de Juan. Cuando Natanael le reconoció como el omnipresente y omnisciente Hijo de Dios, como el legítimo Rey de Israel, Él le contó que iba a ver mayores cosas que estas. A pesar de que estas glorias estaban relacionadas con el pueblo de Israel, había todavía algo más excelente. Jesús le prometió: «De aquí en adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre»

(Jn. 1:48-51). La gloria de Cristo como Hijo del Hombre supera Su majestad como Rey de Israel, pues será como Hijo del Hombre que dominará sobre todas las obras de la mano de Dios y ejercerá un poder universal. Como tal fue coronado con gloria y honor a la diestra de la majestad en las alturas.

Natanael le llamó el Hijo de Dios, Rey de Israel. Como Mesías de Israel, Él poseía estas cualidades porque era Aquel que por decreto divino fue hecho rey sobre el monte santo de Sión (Sal. 2:6ss). El salmo 2 habla de los consejos inalterables de Dios a este respecto. Aunque Su propio pueblo y las naciones rechazaron al Mesías, el decreto de Dios permanecerá, y Su rey ungido reinará finalmente sobre Sión. Desde allí Su reino se extenderá hasta los confines de la Tierra.

La gloria de Cristo como Hijo del Hombre indica cosas más importantes que Sus derechos mesiánicos, porque poseyendo tal nombramiento Dios le ha ensalzado a Su diestra en el cielo y le ha designado un lugar destacado sobre todas las obras de las manos de Dios. Como Hijo del Hombre, es heredero de la creación entera, de todo cuanto Dios quiso dar a los hombres. En este carácter le encontramos en el Salmo 8, donde se nos habla del designio de Dios para con el hombre —un designio que, a consecuencia del fracaso de Adán, tiene que cumplirse en Cristo, el segundo Hombre del cielo—.

Ángeles de Dios que ascienden y descienden sobre el Hijo del Hombre

Esto solo será visible para todos en el reino futuro, del que Cristo será el centro glorioso. Los ángeles, esos poderosos siervos de Dios, rendirán entonces homenaje al Hijo del Hombre y llevarán a cabo Sus mandamientos. Servirán al segundo Hombre y al Señor del cielo, a quien se le ha dado toda autoridad tanto allí como en la Tierra.

Los ángeles también le sirvieron en Su humillación, dado que el Señor dijo que «en adelante» Él sería el objeto de su ministerio (Jn. 1:51). Fue visto por los ángeles (1ª Ti. 3:16), y cuando padeció la tentación en el desierto ellos le ministraban (Mr. 1:13). Un ángel del cielo se le apareció en Getsemaní y le fortaleció (Lc. 22:43). Otros ángeles ministraban en el sitio donde habían depositado su cuerpo (Lc. 24:4 y ss.).

Cuando el Hijo del Hombre venga en Su gloria, vendrán entonces todos los santos ángeles con Él (Mt. 25:31). Será el objeto visible de su ministerio. Ellos ascenderán para llevar a cabo sus órdenes y descenderán sobre Él para recibir otras nuevas, puesto que entonces se dará toda la autoridad al Hijo del Hombre públicamente (ver Dn. 7:13,14; Jn. 5:27; Ap. 1:13; 14:14).

Cristo reinará como Hijo del Hombre en representación de Dios Padre. Tendrá dominio sobre todas las obras de las manos de Dios. El reino milenario será el reino de nuestro Dios y de Su Cristo (Ef. 5:5; Ap. 11:15). El Rey ungido debe-

rá reinar hasta que todos Sus enemigos se hayan postrado a Sus pies. Luego vendrá el fin, cuando Él entregará el reino a Dios el Padre para que Dios sea todo en todos (1ª Co. 15:24-28).

Cuando Cristo reine, la Iglesia reinará con Él. Nosotros somos Su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo. Somos la esposa de este Hombre glorificado, una ayuda idónea para Él durante Su reinado.

Los ángeles serán quienes ministren deseosamente al Hijo del Hombre, los que procurarán que se haga la voluntad de Dios en la Tierra tanto como en el cielo. La oración del Señor tendrá su cumplimiento (Mt. 6:10) y los cielos y la Tierra estarán en perfecta armonía. El Primogénito sobre la creación tomará públicamente el lugar que le corresponde y los ángeles le adorarán (Col. 1:15,16; He. 1:6).

De hecho, la escalera que vio Jacob, así como los ángeles que ascendían y descendían por ella, indican el tiempo en que todo será restaurado y estará dispuesto conforme a la orden divina (Hch. 3:19-21). Con todo, el significado de esta escalera no se limita al futuro en el que todo se someterá públicamente al Hijo del Hombre. Para la fe, el cielo ya está totalmente abierto y tiene un claro vínculo con la Tierra. Con nuestros ojos de la fe podemos mirar dentro de unos cielos abiertos y ver allí a Jesús, coronado de gloria y de honra (He. 2:9; 3:1).

Veo los cielos abiertos

En el tiempo actual, cuando el Hijo del Hombre está glorificado a la diestra de Dios, nuestra posición como creyentes es la de fijar la mirada en el cielo y ver dentro de él, por el poder del Espíritu, a un Hombre glorificado.

El libro de los Hechos nos ofrece un maravilloso ejemplo de esta verdad. El mártir Esteban y fiel seguidor del Cristo rechazado miró hacia allí, lleno del Espíritu Santo, y vio la gloria de Dios y a Jesús sentado a Su diestra. Dijo entonces: «He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está de pie a la diestra de Dios» (Hch. 7:56). El Espíritu iluminó sus ojos para que mirase dentro del cielo.

Cuando Jesús recibió la glorificación, descendió el Espíritu Santo. Asimismo dirige nuestra mirada hacia arriba para que miremos que Jesús ha ocupado Su lugar a la diestra de Dios. Por el Espíritu contemplamos la gloria de Cristo y tenemos una unión con nuestro Maestro, a quien el cielo debe recibir hasta el tiempo en que todo tendrá su restauración. El Espíritu le glorifica, pues toma de lo que es Suyo y nos lo revela a nosotros (Jn. 16:13-15).

Esto es lo que produce un vínculo auténtico con el cielo. El Espíritu Santo nos une con nuestra Cabeza allá arriba y nos enseña las cosas profundas de Dios, llevándonos a un lugar al que tenemos entrada libre para acceder a Dios.

Tenemos acceso al Padre por un Espíritu, confianza para entrar en el lugar santísimo y decir junto con Jacob: «No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo» (Gn. 28:17).

Jesús ha entrado en el santuario celestial como nuestro *antecesor*. Tenemos la firme y garantizada esperanza de que pronto le seguiremos con cuerpos gloriosos (He. 6:18-20). Pero mientras tanto le seguimos por fe, porque tenemos la confianza de entrar en el lugar santísimo por la sangre de Jesús. Damos honra y servicio a nuestro Dios como compañía de sacerdotes e hijos en Su divina presencia, hasta que Él realmente nos lleve a la gloria (He. 10:19-22).

Aclaremos el significado profético de la escalera que Jacob vio apoyada en la Tierra. Nos muestra al Hijo del Hombre como el Objeto de la satisfacción de Dios y del ministerio de los ángeles *en la Tierra*. No hay que olvidar que los cielos se abrieron para Él en Su camino terrenal al poco de ser bautizado. Los ángeles también le ministraron en aquel entonces. El motivo por el que tomó Su asiento en el cielo es porque fue rechazado por los habitantes terrestres y fue levantado de la Tierra.

Sin embargo, se acerca el momento en que el Hijo del Hombre se manifestará en gloria a esta misma tierra que le rechazó. Todavía está esperando a la diestra de Dios, pero cuando regrese tanto los hombres como los ángeles le colmarán de honores delante de todo el mundo. Luego será

cuando los cielos responderán a la Tierra, sujeta hoy en día a su futilidad (Os. 2:21). Más adelante, toda la creación será aliviada del yugo de la corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios bajo el bendito gobierno del Hijo del Hombre (Rm. 8:21).

PRIMERA REVELACIÓN EN BETEL

Génesis 28

Yo te bendeciré

Dios abrió los cielos para Jacob a fin de revelarse a él: «Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente. He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho» (vv. 13-15).

Es sorprendente que Dios no le diera de ningún modo la culpa a Jacob acusándole por sus malas acciones hacia su hermano y su padre. Todo lo que leemos son promesas de bendición. Dejó que Jacob dirigiera una rápida mirada a los cielos abiertos para mostrarle todas las riquezas que había guardado para él. No hubo aquí ninguna revelación de juicio ni de cólera divina, dado

que lo que Dios le reveló a él y a su descendencia fue la gracia y todos los designios que se había propuesto ofrecerle. Por esa razón, que estas bendiciones se realizaran no dependía de las buenas acciones del hombre, sino de la fidelidad inmutable de Dios. Empero, la revelación de la bondad de Dios a Jacob pretendía hacerle ver lo equivocado que estaba y que juzgara sus caminos.

Se distinguen cuatro promesas de bendición en estos versículos: la promesa de la tierra, la promesa de la bendición para los descendientes de Jacob, para todas las familias de la tierra y, finalmente, la promesa de la protección de Dios y del regreso de Israel a su tierra. Todas ellas eran incondicionales e irrevocables (ver Rm. 11:29), una continuación de las promesas que se hicieron a Abraham y a Isaac y que tendrán su final cumplimiento bajo el reinado del Mesías, Hijo de David y de Abraham.

1. La promesa de la tierra

Esta promesa confirmaba las que fueron hechas a Abraham (Gn. 12:7; 13:14-17; 15:7-21; 17:8) y a Isaac (Gn. 26:2-4). Cuatro veces se hace esta promesa a Abraham, pero la tercera es sobre todo interesante para el asunto que nos ocupa. Aquí se concretan los límites de la tierra prometida: «desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Éufrates» (Gn. 15:18).

Encontramos una promesa semejante en Deuteronomio 11. Si Israel guardaba celosamente

te todos los mandamientos de Dios, su territorio se extendería «desde el río Éufrates hasta el mar occidental» (Dt. 11:22-24). En el capítulo 19 hay otra referencia clara: «Y si Jehová tu Dios ensancha tu territorio, como lo juró a tus padres, y te da toda la tierra que prometió dar a tus padres, siempre y cuando guardes todos estos mandamientos que yo te prescribo hoy, para ponerlos por obra...» (vv. 8,9).

Pero como el pueblo fracasó a la hora de guardar los mandamientos de Dios, nunca poseyeron la tierra en su totalidad, salvo en el corto período del reinado de Salomón. Él gobernó sobre todos los reinos desde el Río hasta la tierra de los filisteos, hasta donde alcanza la frontera de Egipto (1º R. 4:21,24). Después del regreso de Cristo, figura del verdadero Salomón, la promesa de la tierra, hecha de manera incondicional a los patriarcas, se cumplirá del todo. Entonces nuestro Señor dominará de mar a mar, y desde el Éufrates hasta los confines del orbe (Sal. 72:8; Zc. 9:10).

2. La promesa de bendición para los descendientes de Jacob

Los descendientes de Jacob habían de ser «como el polvo de la tierra». Debían «extenderse al occidente, al oriente, al norte y al sur» (v. 14a). Nadie podía contar el polvo, y del mismo modo nadie podía contar la descendencia de Abraham (Gn. 13:16).

Esta promesa se confirmaba a Jacob. Balaam

usó la misma imagen cuando Dios le mandó bendecir a Israel: «¿Quién contará el polvo de Jacob?» (Nm. 23:10). Salomón, al solicitar sabiduría, reconoció que Dios le hizo rey «sobre un pueblo numeroso como el polvo de la tierra» (2º Cr. 1:9). Pero aparte de la idea de numerosidad, esta imagen del polvo de la tierra sugiere otra de transitoriedad (Gn. 3:19; 2º S. 22:43; 2º R. 13:7).

Este es uno de los tres tipos que se usan en las Escrituras para indicar lo numerosos que serían los descendientes de los patriarcas. Los otros dos son: «la arena que está a la orilla del mar» y «las estrellas del cielo» (Gn. 22:17). Tal vez la expresión «la arena que está a la orilla del mar» se refiera a la posición privilegiada de Israel con respecto a las naciones (los mares agitados), lo cual quedará completamente confirmado en el milenio. Pero la expresión «las estrellas del cielo» es evidente que se refiere a una descendencia *celestial*. Esto nos lleva a pensar en los santos de Israel del Antiguo Testamento, así como en los del Nuevo Testamento que provenían de Israel y de las naciones. La Iglesia consiste en los santos celestiales reunidos por el Espíritu Santo, tanto de los judíos como de los gentiles, y unidos con Cristo en el cielo.

3. La promesa de bendición para todos los pueblos

Llegamos ahora a la tercera promesa: la bendición para todas las familias de la Tierra (v. 14b). Esta bendición se canalizaría a través de Israel y

del Mesías especialmente, la Simiente prometida que brotaría del pueblo israelita. La promesa de bendecir todas las naciones de la Tierra ya fue hecha a Abraham en Génesis (cap. 12:3; ver también Gn. 18:18), y se reiteró después de que ofreciera a su único hijo Isaac (Gn. 22:18).

No obstante, se había afirmado expresamente que esta bendición se cumpliera *en su estirpe*: «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz» (Gn. 22:18). Según Gálatas 3:16, esta simiente es Cristo. En Él todas las promesas de Dios hallan el Sí y el Amén (2ª Co. 1:20), y la bendición de Abraham ha alcanzado a todas las familias de la Tierra, es decir, a todos aquellos que imitando el ejemplo del padre Abraham son justificados por fe (ver Rm. 4:16ss.).

Esta promesa tiene mucha importancia para el tiempo del fin, momento en el que todas las naciones serán bendecidas desde Sión. Subirán a la montaña de Jehová y andarán en Sus caminos: «porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar. Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isay, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su morada será gloriosa» (Is. 11:9,10).

4. La promesa del regreso de Israel a la tierra

Como es natural, la última promesa del regreso de Israel a la tierra prometida guarda una

estrecha relación con las otras tres promesas. Sobre todo aquí, donde Jacob es el representante de su descendencia, que sería deportada de su tierra como él por causa de sus pecados. Pero en los últimos tiempos Dios dará un giro a su fortuna, de acuerdo con las irrevocables promesas hechas a los patriarcas.

Los profetas testifican de este regreso a la tierra una y otra vez, incluso Moisés, que se refirió a ello mucho tiempo antes (Lv. 26; Dt. 30). Sin embargo, las promesas de bendición y restauración presuponen una renovación interior, la circuncisión del corazón del pueblo. El regreso externo va unido a un regreso interno a Dios y al Mesías que ellos despreciaron durante tanto tiempo. En la actualidad es obvio que el regreso de los judíos incrédulos a su tierra no se trata del completo cumplimiento de la profecía.

Las profecías del regreso a la tierra suelen hacer referencia al pueblo *entero*, a las dos tribus de Judá y las diez de Israel (Is. 11:11ss; 43:5,6; Jr. 3:18; 16:15; 30-33; Ez. 37:16ss). El retorno del remanente de las dos tribus de Babilonia cumplió solo parcialmente estas profecías. Zacarías, que profetizó después del cautiverio babilónico, nos cuenta que tanto la casa de Judá como la de José —el reino de las diez tribus— regresarán también de la diáspora (Zc. 10:6-12).

En cuanto al remanente creyente del pueblo, su regreso será también un motivo para la oración. Es sorprendente que incluso en los tiempos

de David los cantores levitas finalizaban sus cánticos de acción de gracias de la siguiente manera: «Sálvanos, oh Dios, salvación nuestra. Recógenos y líbranos de las naciones, para que confesemos tu santo nombre, y nos gloriemos en tus alabanzas» (1º Cr. 16:35). En la dedicación del templo, Salomón concluye su oración con una súplica por el regreso del exilio (2º Cr. 6:36-39).

Este ruego por el regreso a la tierra lo encontramos también en los Salmos. El salmo 106 acaba con las mismas palabras con que los cantores levitas finalizaban su cántico. El salmo 107 es un cántico de acción de gracias de los redimidos de Jehová, porque Él los recogió de esos países del oriente y del occidente, y del norte y del sur (vv. 1-3). Los conocidos cánticos graduales en los Salmos hablan también del futuro regreso a Sión, especialmente el salmo 126. Jehová da libertad a los cautivos y reúne a todos los proscritos de Israel (Sal. 146:7; 147:2).

Nos referiremos ahora al Nuevo Testamento, a Mateo 24:31 y Apocalipsis 7:1-8. No todo el pueblo de Israel se reunirá en su conjunto. La mayoría incrédula será juzgada al regreso de Cristo, pero los escogidos serán reunidos desde los cuatro vientos, de un extremo del cielo hasta el otro. Serán sellados y resguardados del juicio.

En efecto, vemos en este capítulo a Jacob como representante del pueblo de Israel, lo que constituye una práctica común en las Escrituras. Cuando Jacob bendijo a sus hijos los consideró

portavoces de las tribus que saldrían de ellos, y habló de su lejano porvenir (Gn. 49:1). En realidad, este es el objetivo de la profecía, apuntar a la bendición final del pueblo en la tierra prometida bajo el gobierno de su Mesías.

La promesa del regreso en Génesis 28 sigue siendo válida para la descendencia de Jacob también. En las tres primeras promesas se menciona, además, a los descendientes de manera explícita, lo cual pone de relieve que sus bendiciones se llevarán a cabo completamente solo en el reino de paz venidero.

EL PRIMER PILAR DE PIEDRA

Génesis 28

El monolito de Jacob

Agradecido por esta revelación, Jacob quiso mostrar a Dios su gratitud —pese a que más tarde hiciera un juramento y se pusiera bajo la ley en lo que se refiere a su relación con Dios—. Por ello, levantó una piedra conmemorativa de este suceso inolvidable: «Se levantó Jacob de mañana, y tomando la piedra que había puesto de cabece-
ra, la alzó por señal y derramó aceite encima de ella. Y a aquel lugar le puso por nombre Betel, aunque Luz era el nombre anterior de la ciudad» (vv. 18,19).

Jacob no erigió aquí un altar, pero sí lo haría cuando regresara a Canaán (Gn. 33:20). Su abuelo Abraham, por el contrario, había construido uno inmediatamente después de su llegada a Betel (Gn. 12:8; 13:3,4). Junto a este altar Abraham invocó el nombre de Jehová. Era un adorador que se tomaba en serio la Palabra de Dios y no vaciló ante la promesa de Dios con rasgos de increduli-

dad, sino que se fortaleció en la fe y dio gloria a Dios (Rm. 4:20,21).

Había una enorme diferencia entre Jacob y Abraham. Jacob siguió su camino seguro de sí mismo y anduvo en la manifestación de la carne, con lo cual tuvo que aprender a través de amargas experiencias que esta no aprovechaba nada. Por otra parte, Abraham caminó en el poder de la fe, y eso explica el motivo que siempre tuviera un «altar», un lugar donde poder invocar el nombre del Señor y darle gracias.

En este caso tenemos a Jacob con un pilar de piedra. Otros pasajes de las Escrituras nos aclaran su significado, por ejemplo Génesis 31:44-52 (el pilar que sirvió de testimonio entre Jacob y Labán) e Isaías 19:19,20 (el pilar que servirá de señal y testimonio a Jehová de los ejércitos en la tierra de Egipto). El pilar de Jacob era el testimonio de algo especial, un signo imperecedero de un suceso importante.

A la luz del Nuevo Testamento, este monumento conmemorativo adquiere mayor importancia. En primer lugar, se trataba de la piedra que Jacob había colocado a su cabecera, una figura de Cristo como el lugar de descanso para todo creyente verdadero. La piedra de Jacob no cayó en el olvido, sino que a partir de este instante iba a tener un significado especial. Lo mismo se puede decir de Cristo, la Piedra escogida y preciosa. Ante todo, Él es el lugar de descanso para nuestros corazones, pero también el tema de nuestro

testimonio.

La piedra que es el fundamento de la Iglesia es al mismo tiempo Aquel de quien da testimonio. No existe otro fundamento más seguro que satisfaga la aprobación de Dios (1ª Co. 3:11). Cristo es el fundamento en el que la Iglesia se edifica. Él contiene la confesión que la Iglesia sostiene. El apóstol Pablo habla de la Iglesia del Dios vivo como la casa de Dios, como la columna y el terreno de la verdad. Esta verdad se encarna en la Persona del Señor Jesucristo, Dios manifestado en la carne, justificado en el Espíritu, y recibido en la gloria (1ª Ti. 3:15,16). Es deber de la Iglesia llevar el testimonio de Su encarnación, de Su vida terrenal perfecta, de Su resurrección de entre los muertos y Su glorificación en los cielos. De este modo, la Iglesia es la columna y terreno de la verdad, un monumento permanente a la verdad sobre Cristo.

La Piedra unguida

Siguiendo con sus acciones, Jacob echó aceite sobre el pilar (v.18b), lo que se supone que fue una especie de unción (Gn. 31:13). En las Escrituras suele ser una figura del ungimiento con el Espíritu Santo (ver Zc. 4:6,14; Hch. 10:38; 2ª Co. 1:21,22). Como resultado, el pilar de Jacob era una piedra *ungida*.

El Espíritu Santo proporciona a la Iglesia fuerza espiritual para que testifique de Cristo. Nuestro testimonio no se realiza por la acción

de la fuerza o del poder, sino por el Espíritu de Dios, pues Él ha venido para morar en la Iglesia, testificar de Cristo y darle la gloria. El Espíritu Santo mantiene Su testimonio en la Tierra por medio de la Iglesia y de Sus ungidos. Este es el profundo significado de este pilar consagrado, del que Jacob dijo en el versículo 22 que debería ser la «casa de Dios». Una figura de Cristo unido a Su Iglesia, que en el momento actual forma la morada de Dios en el Espíritu.

Cristo es la Piedra que da descanso a los fatigados, así como la piedra principal de la casa de Dios y el contenido de nuestra confesión. La revelación que Dios nos hace está relacionada, en todos los sentidos, con Cristo la Piedra viva. En respuesta a esta revelación de la gracia divina deberíamos hablar de Él, hacer de esta Piedra un testimonio brillante en este mundo.

Lástima que Jacob hiciera un juramento además de levantar el pilar. Una promesa legalista con la que se atrevió incluso a poner ciertas condiciones para servir a Dios. ¿Acaso ha sido de otro modo en la historia de la Iglesia? El testimonio de Cristo, ¿no se ve a menudo mezclado con principios legalistas?

Betel

Jacob llamó el nombre de ese lugar memorable Betel, que significa «casa de Dios». El anterior nombre de Betel también se menciona: «... aunque Luz era el nombre anterior de la ciudad»

(v. 19). Luz significa «almendro», y otras traducciones le dan el significado de «torcido» o «corrupto». Los dos últimos nos hablarían de nuestra condición natural ante Dios, pero el primero de la vida de resurrección que nos ha transformado de forma radical, dado que en las Escrituras el almendro nos habla del poder de resurrección, de la vida de entre los muertos (Éx. 25:33,34; Nm. 17:8; Jr. 1:11,12).

Esto nos recuerda nuestro anterior estado y el poder de la resurrección de Cristo que ha cambiado profundamente nuestra condición. La Iglesia del Dios *vivo* se fundamenta en Cristo, el Hijo del Dios *vivo*, que abolió la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad. Los pecadores muertos y culpables se convirtieron en piedras vivas gracias al Príncipe de vida. Juntos formamos ahora la casa de Dios que difunde las buenas nuevas de Cristo en la Tierra. Antes se trataba de Luz, la ciudad de criaturas corruptas, pero ahora es la ciudad de Dios que derrama su luz celestial en medio de una generación torcida y perversa.

Otras piedras conmemorativas

Para acabar, indicaremos que la erección de pilares era una práctica común en tiempos del Antiguo Testamento. En la vida de Jacob vemos que esto sucedió tres veces más. Una en Génesis 31, donde las piedras servían de testimonio del pacto que hicieron Labán y Jacob, y otras dos veces en el capítulo 35, donde otra vez erigió una

piedra en Betel y después un pilar sobre la tumba de su querida esposa cerca de Belén.

Más adelante vemos conmemoraciones de este tipo en la historia de Israel, entre las que encontramos unos *montones de piedras* que tenían la misma función:

1. El monumento del monte Ebal, como recuerdo de las palabras de la ley para el pueblo (Dt. 27:2-4; Jos. 8:32).

2. Las doce piedras en medio del Jordán, y las que se levantaron en Gilgal (Jos. 4:9,20)

3. Un cúmulo de piedras en el valle de Acor como recuerdo del juicio de Acán (Jos. 7:26).

4. El enorme montón para las honras del vencido rey de Hai (Jos. 8:29).

5. La enorme piedra de Siquem (Jos. 24:26).

6. La piedra Ebenezer (1º S. 7:12).

7. El túmulo formado por piedras en la sepultura de Absalón (2º S. 18:17).

8. El pilar que Absalón erigió (2º S. 18:18).

Quizá esta lista no sea completa. No tenemos la intención de profundizar en el significado de estos monumentos, sino desear hacerle al lector esta pregunta: «¿Qué significan estas piedras para ti?» (Jos. 4:6). «Todas estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, que vivimos en estos tiempos finales» (1º Co. 10:11).

EL VOTO DE JACOB

Génesis 28

Si Dios estuviera conmigo

Los últimos versículos de este capítulo nos muestran una segunda reacción que el patriarca tuvo hacia la revelación de Dios en Betel. Jacob mostró poco aprecio por la gracia que Dios le había revelado en plenitud desde el cielo, pues enseguida quería responderle con algo a cambio y con la condición de que Dios le guardara: «Allí hizo voto Jacob, diciendo: Si va Dios conmigo y me guarda en este viaje en que estoy, si me da pan para comer y vestido para vestir y si vuelvo en paz a casa de mi padre, Jehová será mi Dios. Y esta piedra que he puesto por señal será casa de Dios; y de todo lo que me des, el diezmo apartaré para ti» (vv. 20-22).

Parecía que la altura de la revelación de Dios fuera algo inalcanzable para Jacob. La gracia divina resultaba ser demasiado elevada para él, y no gustándole estar sobre esa base prefirió irse de la presencia de Dios. La casa de Dios no era sino un

terrible lugar que le incomodaba (v. 17).

Qué lástima que respondiera de este modo a la gracia divina. Dios no se lo tuvo en cuenta, pues le bendijo con cuatro tipos de promesa por pura gracia. ¿Por qué Jacob no despertaba al sentido y valor de las mismas? ¿Sería acaso porque se miraba a sí mismo teniendo que admitir que no podía cumplir todos los requisitos que exigía la presencia santa de Dios? ¿O se trataba de que su conciencia no dejaba de acusarle?

La bondad de Dios debería haberle llevado al arrepentimiento y la gracia a examinarse (Rm. 2:4). Jacob debería haber confesado sus malas acciones y confiado en la infinita gracia de Dios, pero ¡ah, no hizo ni lo uno ni lo otro! Prefirió tomar la iniciativa celebrando un acuerdo con Dios y haciendo un juramento. Escogió una base legalista tras abandonar el terreno de la gracia en el que Dios le había puesto, y como preferencia escogió el principio de las obras de la ley como la base de su relación con Dios.

Tres ejemplos de legalismo

No vayamos a pensar que Jacob fuera el único que actuó de esta manera. La suya fue una reacción muy común, dado que la Historia siempre se repite. Quizá podamos verlo más claro con otros tres ejemplos de las Escrituras:

1. El pueblo de Israel en el Monte Sinaí, donde imitaron el ejemplo de su antepasado Jacob.

Mientras no llegaron a la montaña, su historia fue un camino marcado por la gracia, incluso a pesar de que hubieran pecado continuamente. Aunque murmuraran, sus quejas no propiciaron ningún juicio de parte de Dios, como fue el caso en el libro de los Números, pero sí motivaron la apertura de las fuentes de la bondad divina. También en el Monte Sinaí Dios se presentó a ellos con promesas para bendecirlos y les habló de la relación privilegiada que formaban con Él en calidad de un reino de sacerdotes y una nación santa. Sin embargo, les preocupaba más sus propias fuerzas y respondieron: «Haremos todo lo que Jehová ha dicho» (Éx. 19:8). La vehemencia de su respuesta desplazó rápidamente de lugar la bondad de Dios, y pasaron a ocupar su sitio los méritos propios.

2. El hijo pródigo, que quiso convertirse en siervo. Cuando recapacitó en aquel país alejado decidió volver con su padre y decirle: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros» (Lc. 15:18-19). Quería ocupar la posición de un esclavo a fin de devolver una parte de la enorme deuda. Por suerte, su padre no se lo permitió y el hijo perdido no tuvo siquiera la oportunidad de pronunciar las palabras. El amor del padre hizo que ahuyentara toda clase de pensamiento servil.

En el hijo mayor puede observarse el mismo espíritu de servidumbre, que reprendió a su pa-

dre al decirle: «Tantos años hace que te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás» (Lc. 15:29). La palabra que utilizó por *te sirvo* tiene el significado de «servir como esclavo». Nunca había entendido los privilegios de la gracia que constituían la presencia del padre y su satisfacción por que él fuera su hijo.

3. Los cristianos en Galacia, que deseaban caminar bajo la ley. Al principio, aceptaron el evangelio de la gracia de Dios pero después se desviaron hacia el yugo judío de la esclavitud. Aunque habían recibido la posición de hijos, se comportaban como esclavos. Esto hablaba del grave empeoramiento de su condición. Para citar a Pablo: «De Cristo os desligasteis... de la gracia habéis caído» (Gá. 5:4). En efecto, fue una profunda caída de la posición elevada de una libertad celestial a los abismos de una esclavitud bajo los elementos del mundo.

«¡Qué terrible es este lugar!»

Jacob experimentó el mismo suceso. Según su opinión, la casa de Dios no era un lugar agradable y la puerta del cielo no hacía más que atemorizarle (v. 17). Se inclinó por los principios de la ley antes que disfrutar de los privilegios y deberes de la gracia, dejando para más adelante la práctica de la comunión con Dios. Él serviría a Jehová en Su casa solo después de que le hubiera guardado y bendecido en todos sus caminos (vv. 20-22).

¿No razonamos nosotros de la misma manera y ponemos nuestras condiciones para servir a Dios? Pero este no es el lenguaje de la gracia. Si pensamos así es porque conocemos muy poco al Dios de Betel, quien quiere ofrecernos Sus bendiciones de balde y una gracia libre de condiciones. Si tenemos conciencia de ello no podemos por menos que sentirnos agradecidos. El principio de la gracia es que nosotros sirvamos a Dios como Sus hijos amados, porque anhelamos estar en Su presencia y deseamos complacerle en todo.

Entonces, no hay razón para temer Su presencia, pues nos hemos acercado a Él por la sangre de Cristo. Sin duda que no se trata de una cuestión fácil poder estar en la luz de la presencia de Dios, dado que como pecadores éramos totalmente indignos para estar delante de Él. Pero como santos e hijos, nos ha aceptado en el amado (Ef. 1:4-6). De esta manera, le hemos conocido como nuestro Dios y Padre de gracia que se ha revelado a nosotros para darnos un lugar cerca de Él.

El Dios de Betel no es un Dios exigente. Él se ha revelado en Cristo, la Cabeza de una generación nueva, y nos mira con gracia. Para la carne, sin embargo, es algo terrible estar en la presencia de Dios. Los designios carnales son enemistad contra Dios y no pueden satisfacerle (Rm. 8:7,8). La carne va por su lado y nos aparta de Él. En esta etapa de la vida de Jacob, parece que todavía no se había apercebido de ello. Siguió su camino

confiando en sus propias fuerzas y capacidades. Pero no bien hubo llegado a Peniel que ya había aprendido que no tenía que esperar nada bueno de la carne y a depender exclusivamente de la gracia de Dios.

En Juan 6:63 leemos que la carne no aprovecha para nada. El Espíritu es el que nos da vida y el que nos capacita para servir a Dios. Así pues, debemos aprender a juzgar la carne y a identificarnos por la fe con el Cristo resucitado de entre los muertos. Esta es la lección que nos enseña Peniel y la condición indispensable para disfrutar las bendiciones de Betel. En consecuencia, conoceremos cómo somos en realidad y también al Dios de toda gracia. Ya no confiaremos en nuestras propias fuerzas, sino que daremos gracias a Dios por todo lo que Él ha hecho a través de Jesucristo nuestro Señor. Y como resultado tampoco temeremos la presencia de Dios, sino que seremos hallados como hijos felices delante de Él.

PRIMER LLAMAMIENTO DE REGRESAR A BETEL

Génesis 31

La disciplina de Dios

Durante al menos veinte años, Jacob vivió lejos de Betel. En aquel país extranjero, en realidad, no fue sino un esclavo de Labán (vv. 38-42). Su suegro le engañó en repetidas ocasiones, tanto en el ámbito familiar como en el laboral, y Jacob tuvo que pagar muy caro el engaño cometido contra su hermano y su padre. ¡Con qué solemnidad vemos aplicada la disciplina de Dios en la vida de Jacob! Sin embargo, Él no le abandonó. Si castiga a los Suyos es una prueba de que nos ama y nos trata como hijos (He. 12:5ss.).

Dios quería que Jacob recapacitara para poderlo cualificar de hijo en Su presencia. Lo disciplinó para capacitarlo para vivir en Betel, la casa de Dios, el lugar donde Él se le había revelado. Llegados a este punto, era Dios quien tenía que tomar la iniciativa para traerle de nuevo allí, ya que Jacob no mostraba deseos de estar en ese lugar ni tampoco en la presencia divina. Pero Dios

sí deseaba tenerle cerca y que tuviera comunión con Él. En casa de Labán era un simple *esclavo*, pero en la casa de Dios podía estar delante de Él como *hijo*. ¡Vaya diferencia!

En el versículo 3 Dios dijo a Jacob: «Vuélvete a la tierra de tus padres, a tu parentela, y yo estaré contigo». En este llamamiento faltaba el nombre de Betel. Le *emplazaba* a volver a la tierra de Canaán. En el mismo capítulo Jacob les contó a sus esposas un sueño donde se menciona Betel: «Y me dijo el ángel de Dios en sueños:... Yo soy el Dios de Betel, donde tú ungiste la piedra y donde me hiciste un voto. Levántate ahora y sal de esta tierra; vuélvete a la tierra donde naciste» (vv. 10-13).

Por lo visto, Dios se había aparecido anteriormente a Jacob, pero él reaccionó tarde en obedecer Sus mandamientos. ¿Sería la razón de que todavía contemplara la casa de Dios como un terrible lugar motivo suficiente para dudar en volver a Betel? ¿Prefería, tal vez, vivir como esclavo en casa de Labán?

Ha nacido el heredero

No estamos del todo seguros, pero el capítulo 30 nos ofrece una tercera información importante para el asunto que estamos tratando: el nacimiento de José, el heredero largamente esperado. Cuando Raquel dio a luz a José, Jacob dijo a Labán: «Déjame ir a mi lugar, a mi tierra. Dame a mis mujeres, por las cuales te he servido, y a mis

hijos, y déjame ir; pues tú sabes los servicios que te he prestado» (vv. 25,26). Este feliz acontecimiento influyó sobre Jacob. El nacimiento de su heredero le hizo tomar la decisión de abandonar la casa de servidumbre.

Este principio también tiene validez para nosotros. Si Cristo, nuestro heredero, es formado en nosotros, somos liberados de la ley del pecado y de la muerte. Cuando Él tiene la preeminencia no estamos en servidumbre. Cristo vive en nosotros y somos conscientes de nuestra nueva posición como cristianos. Si el Hijo de Dios es formado en nosotros nos comportaremos como hijos, ya que Él nos hace libres y nos lleva a la presencia del Padre.

Ocurrió un suceso similar en la vida de Abraham. En Génesis 21 se nos cuenta acerca de la partida de Agar e Ismael tras un gran festín que se hizo en honor de Isaac. Cuando se reconocieron los derechos del heredero y este obtuvo el lugar destacado, eso facilitó la expulsión de la sierva y su hijo. Todo esto es simbólico, como Pablo explicó a los gálatas. Ellos representaban dos pactos, dos ciudades, dos órdenes diferentes: la ley y la gracia (Gá. 4:21ss.). Los gálatas debían hacerse suyas estas cosas. Tenían que reconocer los derechos de Cristo y «expulsar a la sierva y a su hijo», es decir, abstenerse de las observancias de la ley. *Cristo* debía formarse en ellos. El Heredero de todo tenía que convertirse en el núcleo de sus vidas.

En el libro del Génesis existe una unión clara entre el *heredero*, que sale en escena, y la toma de posesión de la *herencia*. El hijo de la esclava no podía heredar con el hijo de la libre, el cual heredaba todo lo que Abraham poseía (Gn. 21:10; 24:36; Gá. 4:30). Jacob expresó claramente su deseo de regresar a la tierra prometida después del nacimiento de José, el primogénito de Raquel y el príncipe de sus hermanos (Gn. 49:26).

Cuando Cristo, el verdadero heredero, sea reconocido y formado en nosotros, seremos conscientes de nuestra propia posición de hijos y herederos de Dios y anhelaremos tomar posesión de nuestra herencia. La parte de Jacob era la tierra de Canaán; la nuestra es la patria celestial que Dios nos ha preparado: los lugares celestiales con su abundancia de bendiciones espirituales en Cristo (Ef. 1:3).

Regreso a la tierra

Observamos, no obstante, que hubo que poner un especial cuidado en hacer que Jacob se pusiera en camino hacia la tierra prometida. En realidad, Dios tuvo que obligarle sometiéndole a unas circunstancias difíciles. Pero ¿somos nosotros mejores que el patriarca? Con frecuencia se lo ponemos difícil a Dios para despegarnos de las cosas terrenales y dirigir nuestros pasos a un país celestial y mejor.

Cuando llegó la hora de regresar a Canaán, Dios tomó la iniciativa. No abandonó a Jacob a

su suerte en tierra extranjera. Quería llevarle a Su presencia y que tomara posesión de aquello que le tenía preparado. Anhelaba tener comunión con Jacob en Su casa, aunque este se hubiera desviado de Él marchándose por sus propios caminos.

En Génesis 3 vemos que sucede lo mismo. Dios buscó a Adán y Eva cuando se escondían de Su presencia. Les preparó una base justa en la que poder tener comunión con ellos: la muerte de un sacrificio que ocupó el lugar de los pecadores culpables, medio por el cual Dios los recuperó. Este y muchos otros detalles obró Dios con Jacob, a fin de ayudarle a ponerse en camino hacia la tierra y la casa de Dios.

*Levanta, alma mía,
tu Dios te guía;
manos extrañas
no más dificultan.
Sigue adelante, Su
mano te cuida
con poder que a
cautivos indulta.*

*Luz divina
acompaña tu andar,
Dios mismo te indica
el sendero;
bendiciones ocultas,
que al revelar
conducen al albor eterno.*

MAHANAIM

Génesis 32

Ánimo para el camino

De camino a la tierra prometida, Jacob tuvo una experiencia interesante. Ángeles, mensajeros de Dios, le salieron al paso: «Jacob siguió su camino, y le salieron al encuentro unos ángeles de Dios. Dijo Jacob cuando los vio: «campamento de Dios es este», y llamó a aquel lugar «Mahanaim» (vv. 1-2).

Mahanaim significa «Dos Campamentos» o «Doble Compañía». Jacob vio que no iba solo. Con la comitiva que le acompañaba y que después tuvo que dividir en dos grupos marchaba otra compañía de ángeles que Dios había enviado para protegerlos a él y a su familia (v. 7ss.).

Sin duda alguna, esto era muy alentador de parte de Dios, lo que mostraba a Jacob que no estaba solo y que no tenía necesidad de temer a su hermano Esaú. En Su providencia, Dios sujetaba a un orden todas las cosas y aseguraba la llegada de Jacob a Canaán. Él era el Comandante

invisible del ejército de Jehová dando completas órdenes a Sus guerreros en la Tierra (Jos. 5:13-15). A la vez era Jehová de los ejércitos, rodeado de miríadas de ángeles (1º R. 22:19; Is. 6:1-3).

Él dispone de todos los medios y los ángeles están preparados para cumplir sus mandatos. Sobresalen por el poder que tienen y llevan a cabo la palabra de Dios, obedeciendo su voz. Son los ministros que hacen Su voluntad (Sal. 103:20,21). Dios ha enviado a estos siervos para acudir al rescate de Sus hijos. Son espíritus ministradores enviados para servir a los que serán herederos de la salvación (He. 1:4) y se sujetan a las órdenes divinas. Jacob dijo que forman el «campamento de Dios».

Toda autoridad me ha sido dada

Cuando arrestaron al Señor, Jesús le dijo a Pedro que el Padre le proveería con más de doce legiones de ángeles si se lo pedía (Mt. 26:53,54). Esto hubiera dado como resultado un vigoroso cuerpo de dichos seres, pues sabemos que un único ángel podía destrozar a casi un ejército entero (2º Cr. 32:21). Pero Cristo no solicitó la ayuda de estos ejércitos celestiales, puesto que las Escrituras tenían que cumplirse. ¿No debía Cristo sufrir estas cosas y entrar en Su gloria? Como hombre glorificado, Dios le ha sentado en Su diestra por encima de todo principado, fuerza, poder y dominio (Ef. 1:21). Dentro de poco, Él utilizará estos ejércitos de ángeles para herir la Tierra y

obtener el triunfo sobre Satanás (ver Ap. 12 y 20).

Cristo no solo posee este ejército celestial, sino también a otros guerreros, aquellos que ha redimido del poder de Satanás. Y sorprende ver que a dicho ejército se le atribuya la victoria final sobre el diablo (Rm. 16:20; Ap. 12:11). Ambos ejércitos están ocupándose en obtener la victoria sobre Satanás, y nosotros tenemos la promesa asegurada de que el Dios de paz aplastará bajo nuestros pies al enemigo de nuestras almas dentro de poco.

Los dos campamentos de que habló Jacob y esas dos compañías de guerreros son bastante significativos. Hay ejércitos celestiales y terrenales que, al fin y al cabo, luchan con Satanás y sus huestes que todavía residen en los lugares celestiales (ver Dn. 10:10ss; Ef. 6:10ss.). Ambos son conducidos por el Señor, pero no mantienen ningún contacto entre ellos, pues de lo contrario correríamos el riesgo de adorarlos y de asomarnos a las cosas ocultas e invisibles (Col. 2:18; 1ª Ti. 1:4; 6:20).

Dado que estamos unidos con Cristo poseeremos un lugar de posición *más elevado* que el de los ángeles, a quienes juzgaremos (1ª Co. 6:3), pero por el momento es nuestro deber ineludible mostrar lealtad a nuestra Cabeza en el cielo, con la que estamos estrechamente vinculados, y dejarle que nos dirija en nuestros conflictos con el enemigo. Con todo, es muy útil darse cuenta de que estos poderosos guerreros permanecen a Su

disposición y que Él se sirve providencialmente de ellos.

Jacob tuvo el permiso de atisbar en el mundo invisible y recibir así ánimo para continuar el camino. Con la vida del profeta Elías tenemos una experiencia similar. Él no necesitaba mirar al mundo invisible, pues confiaba en Dios y sabía que los ángeles acampaban a su alrededor. Dijo entonces a su siervo: «No tengas miedo, porque más son *los que están con nosotros* que los que están con ellos». El ejército celestial que estaba con ellos era mayor que el del enemigo. Luego Elías rogó por su siervo: «Te ruego, Jehová, que abras sus ojos para que vea. Jehová abrió entonces los ojos del criado, y éste vio que el monte estaba lleno de gente de a caballo y de carros de fuego alrededor de Eliseo» (2º R. 6:16,17).

La presencia de estas miríadas de ángeles debería darnos ánimo, aunque no podamos verlas. Sabemos que están haciendo la voluntad de Dios, pero nosotros tenemos que librar nuestras propias batallas contra el enemigo dependiendo de Aquel que tiene el control sobre estas huestes celestiales. Estos sirvientes poderosos tienen que llevar a cabo la tarea que Él les asigna. Hoy día se hallan cumpliendo la voluntad del Hombre Cristo Jesús, el Dios eternamente bendito que prevalece sobre todos.

Este encuentro con los siervos de Dios debería haber dado ánimos a Jacob para que confiara en la ayuda divina y no en su propia fuerza e in-

teligencia. Sin embargo, tenía que aprender una dura lección, y para este fin tuvo que luchar con Dios en Peniel.

PENIEL

Génesis 32

La lucha con Dios

Después de encontrarse con los ángeles, Jacob no podía evitar encontrar al propio Dios. Como todavía no estaba en armonía con Su santa presencia, no podía encontrarse con el Dios de Betel, el Dios de la casa de Dios, ni mucho menos con el Padre amoroso que pudiera darle una calurosa bienvenida a Su casa. Le conoció como su Adversario y Luchador: «Y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba» (v. 24).

Dios tenía que encontrarse con Jacob en su propio terreno. Durante más de veinte años había luchado con él, y ahora iba a tener lugar la lucha decisiva. Jacob era una persona que hacía lo que quería y confiaba en sus propias fuerzas, por lo que iba a tener que aprender el lado malo, así como que la carne no aprovecha para nada y que dependía totalmente de la gracia de Dios.

Romanos 7

En este capítulo nos encontramos una lucha semejante, si bien lo que se describe en él es un conflicto *interior*. Igual que Jacob, es la lucha de alguien que confía en sus propias fuerzas, una lucha que nosotros tenemos perdida. El yo, el viejo ego, ocupa aquí un lugar destacado. Sus experiencias no son precisamente cristianas, como las que se encuentran en el capítulo 8 de Romanos, donde Cristo y el Espíritu son las Personas que sobresalen. En cambio, la persona que Pablo nos presenta en el capítulo 7 es un creyente que se regocija en la ley de Dios según el hombre interior (v. 22). Pero este creyente tiene que admitir que es carnal y está vendido al pecado (v. 14). Todavía no se siente libre de su poder y ve que no hace buena pareja con el pecado que mora en él, por lo que finalmente le lleva a exclamar: «¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» (v.24)

He aquí el momento crucial. En el preciso instante que estamos en peligro de hundirnos se aproxima el rescate. Obtenemos la victoria tan pronto como aceptamos nuestra total impotencia, y entonces sabemos cómo ceder y renunciar a nuestras fuerzas y confiar únicamente en lo que *Dios* ha hecho a través de Cristo. Todo esto produce un cambio radical, una liberación tan completa del poder del pecado que exclamamos: «¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro!» (v. 25).

El final de nuestra lucha llega cuando reconocemos nuestra incapacidad y aceptamos la salvación del Señor. Ya no miramos a nuestro interior, sino arriba. Comprendemos lo que *Dios* ha conseguido por nosotros y le alabamos por ello. La única manera de ganar la lucha es salir mal parados. Pero he aquí realmente el secreto de la victoria de Jacob, que veremos más adelante. Ganó en el momento en que aceptó que era un perdedor. El hombre de Romanos 7, quien también lo era, obtiene la victoria al presentar la rendición y se convierte en una persona libre después de entregarse sin condiciones a las misericordias de Dios.

El rostro de Dios

Peniel significa «el rostro de Dios». Es el lugar donde nos encontramos con Él de un modo personal, cara a cara, y cada vez que esto ocurre sabemos discernir todo con claridad y bajo la luz correcta. Entonces vemos nuestro propio vacío, pero también la grandeza de Dios. Por una parte, reconocemos que somos cautivos del pecado, que la carne no sirve para nada, y por otra sabemos de qué manera Dios ha satisfecho nuestra necesidad. Él condenó el pecado en la carne en la muerte de Su Hijo y nos ha dado una nueva posición en Cristo resucitado de entre los muertos. Ahora ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús y ocupan esta nueva posición delante de Dios (Rm. 8:1-3).

Este encuentro personal con Dios arroja luz

sobre nuestra relación con Él. Aceptamos que somos incapaces de estar ante un Dios santo, pero al mismo tiempo Él ha establecido un fundamento justo para nosotros a fin de que seamos hijos en Su presencia. El hombre natural no puede estar ante Dios, pero para el hombre en Cristo hay, desde luego, un sitio delante de Él, y esto es lo que hizo exclamar a Jacob las maravillosas palabras: «Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma» (v. 30).

Ningún hombre podrá verme y seguir vivo

Tenemos más ejemplos en el Nuevo Testamento de personas que se encontraron con Dios cara a cara y reaccionaron siempre de la misma manera. Por un lado, se dieron cuenta de lo completamente insignificantes que eran, y por otra parte fueron conscientes de la gloria de Dios. Detengámonos por unos instantes en los siguientes episodios:

1. Dios dijo a Moisés: «No podrás ver mi rostro, porque ningún hombre podrá verme y seguir viviendo» (Éx. 33:20). Pero después le mostró un sitio donde iba a estar seguro, un lugar al lado de Dios, en la roca e incluso dentro de su grieta. Esto nos habla de nuestra posición en Cristo ante Dios, puesto que «esa Roca era Cristo» (ver Éx. 17:6; 33:21,22; 1ª Co. 10:4).

2. Cuando Gedeón percibió al ángel de Jehová, se abrumó de pesadumbre y dijo: «Ah, Señor

Jehová, he visto al ángel de Jehová cara a cara» (Jue. 6:22). Pero más tarde le habló palabras de paz proclamando de la manera que sigue: «La paz sea contigo». El sacrificio que presentó Gedeón fue aceptado y por eso sintió la paz. Una base para que el hombre se halle cómodo en la presencia de Dios. El Señor resucitado predicó las buenas nuevas también a sus discípulos: «Paz a vosotros» (Jn. 20:19,21).

3. Al comprender Manoa que el Ángel de Jehová se le había aparecido, dijo a su mujer: «Ciertamente moriremos, porque hemos visto a Dios» (Jue. 13:22). Pero su mujer demostró una mejor comprensión de las circunstancias, por lo que contestó: «Si Jehová nos quisiera matar, no aceptaría de nuestras manos el holocausto y la ofrenda». Ni tampoco les hubiera dado esas maravillosas promesas. Esto también va por nosotros, pues la obra consumada de Cristo es la única base en la que podemos estar ante Dios y recibir Su bendición.

4. Isaías vio la gloria del Señor y dijo: «¡Ay de mí que soy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos» (Is. 6:5). Pero como se había ofrecido una ofrenda quemada en el altar, siguieron los efectos de purificación y reconciliación (vv. 6,7). El juicio de Dios cayó sobre Cristo en la cruz cuando sufrió en nuestro lugar,

y esto es lo que constituye la base de nuestra salvación.

A raíz de todos estos ejemplos, parece que la Persona y la obra terminada del Señor Jesús forman el fundamento de nuestra posición gloriosa ante Dios. Como cristianos hemos sido llevados a Dios, quien nos ha aceptado en el Amado. Somos hijos en Su presencia, que es luz y amor a la vez. No solo ya no somos condenados, sino que incluso *se complace* en nosotros porque nos contempla en Su amado Hijo.

He aquí el resumen de Peniel: *conseguir un lugar de seguridad y de salvación delante de Dios*. Es un lugar que Él ha preparado para nosotros a través de Cristo. No podemos estar en Su presencia en la naturaleza de nuestras personas, ya que pertenecemos a la raza del primer Adán que volvió su espalda a Dios. Pero dado que somos pertenencia de Cristo, la Cabeza de una nueva generación, hemos pasado de muerte a vida. Dios nos ha llamado de las tinieblas a Su luz admirable, nos ha liberado del poder de una oscuridad de odio y enemistad contra Dios para trasladarnos al reino de Su amado Hijo (Jn. 5:24; Col. 1:12,13; 1º P. 2:9).

A diferencia de la dispensación de Moisés, nosotros tenemos el privilegio de admirar la gloria del Señor con un rostro sin velo. Dios brilló en nuestros corazones con la luz del evangelio de la gloria de Cristo, con la luz del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucris-

to, y muy pronto, tras la redención de nuestros cuerpos, veremos Su rostro y Él nos dará luz. En Su presencia hay plenitud de gozo, delicias para siempre (Sal. 16:11; 17:15; 2ª Co. 3:18; 4:4,6; Ap. 22:4,5).

EL SECRETO DE LA VICTORIA DE JACOB

Génesis 32

Cómo vencer

Consideremos ahora la manera en que Jacob consiguió la victoria en su lucha con Dios. La contienda no tuvo un claro vencedor hasta que Dios tocó su cadera y la desencajó de sitio. A resultas de ello, quedó incapacitado físicamente y tuvo que parar de luchar. Todo lo que podía hacer era agarrarse al Hombre que altercaba con él. Cuando dijo: «Déjame, porque raya el alba», Jacob contestó: «No te dejaré, si no me bendices» (vv. 25,26).

Jacob recibió un golpe donde se alojaban sus fuerzas. En las Escrituras, se considera la cadera el alojamiento de la fuerza viril (igual que los lomos, cf. He. 7:5,10). En el salmo 45 se dice respecto al rey Mesías: «Ciñe tu espada sobre el muslo, valiente» (v. 3). Fue en ese punto exacto donde Jacob fue tocado, y en consecuencia tuvo que aceptar que se había quedado sin fuerza y totalmente incapaz de seguir luchando, por lo que

imploró al Hombre que altercaba con él que le bendijera allí y en aquel instante.

Así fue cómo sucedió, y lo que también nos confirma el profeta Oseas. Dios trataba en el ínterin con Su pueblo, como lo había hecho con Jacob, y ellos debían fijarse en el modelo del patriarca. El profeta escribe: «Pleito tiene Jehová con Judá para castigar a Jacob conforme a su conducta; le pagará conforme a sus obras. En el seno materno tomó por el calcañar a su hermano, y con su poder venció al ángel. Luchó con el ángel y prevaleció; lloró, y le rogó; lo halló en Betel, y allí habló con nosotros. Mas Jehová es Dios de los ejércitos: ¡Jehová es su nombre! Tú, pues, vuélvete a tu Dios; guarda misericordia y juicio, y en tu Dios confía siempre» (Os. 12:2-6).

Lloró y buscó el favor de Dios

En este título tenemos el secreto de la victoria de Jacob. Después de que le abandonaran las fuerzas solo quedaba una alternativa: suplicar misericordia. Esto era preparar el camino para la bendición y la victoria. Las veces que nos dirigimos a Dios buscando misericordia tenemos despejado el camino hasta Su corazón. Cuando aceptamos que dependemos completamente de Su gracia, Él nos oye. El grito que pide clemencia hace que el cielo reaccione.

En los Evangelios encontramos maravillosos ejemplos de todo esto, donde es frecuente oír la exclamación: «¡Señor, Hijo de David, ten mise-

ricordia de nosotros!» (Ver Mt. 20:30-31). Estas súplicas pidiendo misericordia reciben siempre respuesta. Hasta podríamos decir que el Señor no puede resistirse a oírlas, pues siente compasión de nosotros debido a nuestra impotencia. Para entonces deberíamos haber llegado al punto de *reconocer nuestro estado de indefensión e impotencia*. Este es el extremo al que Jacob había llegado aquí, en efecto, puesto que la confianza en sí mismo se había quebrado y no tuvo más remedio que pegarse al Hombre que luchaba con él.

Para el hombre de Romanos 7 tiene la misma aplicación. En cuanto había llegado al extremo más bajo y se tuvo que rendir, le oímos exclamar con gran desesperación: «¡Miserable de mí!, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?». Pero en seguida viene la respuesta: «Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro» (vv. 24,25). Consciente de su propia debilidad comprende que solo hay una solución: su ayuda debe venir de arriba. Todo depende de la misericordia de Dios, de lo que Él ha hecho a través de Cristo. De esta manera llegaremos a ser vencedores, unos ganadores que alaben a Dios por Su salvación.

Peniel y Betel

Otra característica que nos enseña el profeta Oseas es que la experiencia de Peniel no es un hecho aislado. Peniel sirve para preparar al cristiano para Betel. Por lo tanto, Oseas agrupa los dos lugares: «Venció al ángel, y prevaleció; lloró,

y le rogó; *lo halló en Betel*». Esto es bastante extraordinario, pues la historia en el Génesis nos cuenta que antes de que Jacob partiera hacia Betel tuvieron que pasar muchas cosas. Pero por lo visto en el libro del profeta Dios pasa por alto todas estas tristes experiencias de la vida de Jacob. Lo único que importa aquí son estos dos puntos culminantes: Peniel y Betel.

Peniel es el lugar donde aprendemos a juzgarnos y a no esperar nada bueno de la carne, y que nos hace aptos para Betel, el lugar de la presencia de Dios. Cuando sabemos esto, la gracia nos capacita para habitar en la casa de Dios perpetuamente.

UN NUEVO COMIENZO

Génesis 32

Una creación nueva

Peniél se convirtió en un punto crucial en la vida de Jacob. El viejo Jacob ya no existía, se había transformado en un hombre nuevo, un cambio expresado por su nuevo nombre: «Ya no te llamarás Jacob, sino Israel» (v. 28).

Literalmente, Jacob significa «el que agarra del talón». El significado que determina el carácter y acciones de Jacob (usurpador o impostor) deriva de este nombre (Gn. 25:26; Os. 12:4). Israel significa «el que lucha con Dios» o «el que prevalece con Dios». De aquí el significado «príncipe con Dios», porque había luchado con Dios y los hombres y triunfó. Este nombre nuevo marcó otro comienzo en la vida de Jacob.

Así son los casos que las Escrituras nos presentan cuando se cambia el nombre de alguna persona. Me gustaría dar dos ejemplos: el de Simón Pedro y el de Abraham. En el Nuevo Testamento se cambió el nombre a Simón cuando

conoció y creyó en el Señor: «Tú serás llamado Cefas —que quiere decir Pedro—». Se transformó de un pecador muerto en una piedra viva, apta para el servicio en la casa de Dios (Jn. 1:42; 1ª P. 2:5).

Veamos el segundo ejemplo de Abram en el Antiguo Testamento. Su nuevo nombre llegó a ser Abraham, pues tenía que convertirse en padre de muchas naciones. Pronto se vio en una nueva relación con Dios, quien le impuso la circuncisión como la señal de Su pacto (Gn. 17). Las cosas viejas habían pasado y todas se habían hecho nuevas. *Abram* había muerto y de él salió *Abraham*. Se despojó del viejo hombre y se revistió del nuevo. Este es el significado figurado de la circuncisión. El viejo hombre está enterrado con Cristo (Col. 2:11,12).

Jacob experimentó lo mismo. Digámoslo en el lenguaje claro del Nuevo Testamento: el viejo hombre se metió dentro de la tumba y el nuevo, una nueva creación, *Israel*, salió de ella. Un nuevo día alboreó para este príncipe de Dios, pues leemos: «Y había pasado de Peniel cuando salió el sol; y cojeaba a causa de su cadera» (v. 31). Encontramos un maravillo paralelo con este suceso en la exhortación «levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo» (Ef. 5:14). Cristo es el Sol que ilumina el nuevo día porque Él es nuestra vida y luz.

De este modo empezó otro tipo de vida en el gozo de una relación nueva con Dios. La antigua

vida transcurrida en la energía que le proporcionaba su voluntad era ya cosa del pasado desde que emprendiera una nueva vida como hijo. Constantemente vendría a su memoria que era una persona débil y que debía depender de Dios, porque cojeaba de la cadera.

Vestirse del nuevo hombre

Cuando leemos la historia de Jacob a la luz del Nuevo Testamento, nos damos cuenta de que por el Evangelio la vida nueva ha salido a la luz. En la plenitud del tiempo, cuando Dios sacrificó a Su Hijo, apareció un *nuevo hombre*. Esta expresión se menciona solamente en la epístola a los Efesios y a los Colosenses, y en singular (Ef. 2:15; 4:24; Col. 3:10). Para diferenciar el viejo hombre, la raza humana que desciende de Adán, existe ahora una generación nueva de la que el Cristo resucitado, el último Adán, es la Cabeza. Como cristianos nos hemos *quitado* el viejo hombre, de todo lo que caracterizaba a la descendencia del primer Adán, y nos hemos *puesto* el nuevo.

El nuevo hombre es el fruto de la muerte de Cristo y de Su resurrección. Es factura de Dios creado según Dios, en justicia y santidad verdaderas. Esto da a entender que rechaza y se resiste a hacer el mal. El nuevo hombre manifiesta los rasgos de la naturaleza divina (Ef. 1:4; 2ª P. 1:4).

Hay un alto contraste entre el nuevo hombre y el viejo, que terminó con la muerte de Cristo. Es una clase *diferente* de hombre, no lleva la ima-

gen del primer Adán, sino la del Señor Jesucristo. *Nacido de nuevo*, no muestra la imagen de nuestros primeros padres, sino la imagen nueva del Señor resucitado. Nuestro viejo yo, nuestro viejo hombre, fue crucificado con Cristo, como Romanos 6:6 afirma. Nos hemos vestido de Cristo y lo hemos expresado en el bautismo (Gá. 3:27).

Como es natural, esto tiene que hacerse realidad en la rutina de cada día, lo que explicaría por qué necesitamos las exhortaciones «despojados... revestíos» (Col. 3:8,12). Debemos dejar que nos preceda nuestra posición en Cristo, y debería ser de lo más normal dejar de vivir según el viejo hombre pretendía y mostrar los rasgos del nuevo. En otras palabras, tenemos que vestirnos del Señor Jesucristo de una manera práctica y no dar satisfacción a la carne cumpliendo sus deseos (Rm. 13:14).

El nuevo hombre no es autónomo. Tiene un patrón divino. Renueva el conocimiento según la imagen del que le creó: Cristo (Col. 3:10,11). Así pues, tenemos nuestra regla de vida en Cristo y vamos siendo transformados a Su imagen. El hombre interior se renueva día tras día (2ª Co. 3:18; 4:16), y por consiguiente esto nos permite caminar en esta vida novedosa sirviendo en la novedad del Espíritu y transformándonos con la renovación de nuestra mente (Rm. 6:4; 7:6; 12:2). Vivimos una vida de resurrección a la luz del Señor resucitado, de igual modo que el sol salió para Jacob y le permitió continuar su pere-

grinaje en la luz de un nuevo día.

*El Señor resucitó,
y nosotros con Él.
Ved al enemigo
en la tumba
vencido.*

*El Señor
resucitó
allende
la tierra
de juicio.
Vida nueva
tenemos en Él.*

LA CASA EN SUCOT

Génesis 33

¿Empezar con el Espíritu y acabar en la carne?

Después de aquel momento decisivo en la vida de Jacob podría pensarse que habría llevado otro estilo de vida. Sin embargo no fue así, y una vez tras otra vemos que el viejo Jacob cobra protagonismo. A pesar de que recibió un nombre nuevo en Peniel (Israel= Príncipe con Dios), su conducta no hacía honor a su nombre y en Génesis 35 se le volvió a cambiar, con el resultado de que le quedó grabado otra vez que él era una creación nueva.

También nosotros corremos el peligro de empezar con el Espíritu y dejar luego que la carne nos perfeccione (Gá. 3:3). La carne todavía está en nosotros y no ha experimentado ninguna mejora después de nuestra conversión. En cuanto dejamos que actúe, servimos a la ley del pecado (Rm. 7:25). Como resultado, vacilamos entre dos opiniones y echamos mano de dobles principios. Pero esta no es la voluntad de Dios para Sus hi-

jos. Si vivimos en el Espíritu, también debemos caminar en el Espíritu.

Es obvio que Jacob, desde el encuentro con su hermano en este capítulo, demostró ser un hipócrita. En un sentido alababa a Dios por todas las demostraciones de gracia que le había hecho, pero sin embargo tomaba toda clase de precauciones asegurándose de mentir y halagar a Esaú. No nos sorprende que no cumpliera la promesa de dirigirse a Seír (v. 14), escogiendo Sucot en su lugar, donde se hizo una casa y construyó cobertizos para su ganado. Por tanto, el nombre de ese lugar se llamó Sucot, es decir, *Cabañas* (v. 17).

Todos corréis a vuestra casa

¿Se había olvidado Jacob del mandamiento de Dios de regresar a Betel, el lugar de la casa de Dios? Allí era donde tenía que encontrarse con Él para que se le revelara de nuevo. Es algo que también debería haber deseado de corazón, pues no existe mayor bendición en la Tierra que habitar en la casa de Jehová perpetuamente (Sal. 23:6; 25:14; 36:7-9).

Por lo visto, Jacob había borrado de su mente todo pensamiento acerca de Betel. Empleó su libertad para darle una oportunidad a la carne (Gá. 5:13), y en vez de dirigirse a la casa de Dios construyó una casa para *él solo*. Lo que ocupaba su mente no era Dios y la casa de Dios, sino sus propios asuntos. Vamos a verlo también en el altar que se construyó cerca de Siquem (vv. 18-

20). Jacob pensaba en sí mismo y en su casa, pero no en los intereses de la casa de Dios (ver Hag. 1:4,9).

Para ampliar este sentido, podemos pensar también en la típica y natural disposición que tenemos de construirnos toda clase de «casas» alrededor de gente importante de la cristiandad. Este tipo de casas suelen llevar el nombre de un líder determinado que deja allí su huella. ¿Son estos sitios *la casa de Dios*? Más bien se tratan de una morada destinada a la práctica de las religiones humanas.

En realidad, lo que hizo Jacob al construirse esa casa fue negar que era un extranjero y un peregrino en la Tierra. Abraham tuvo más fe: «Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, habitando en *tiendas*...; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios» (He. 11:9,10). Pero Jacob se construyó una casa, un lugar de residencia, y al hacerlo abandonó su posición de peregrino.

Es sorprendente que la epístola a los Hebreos no haga referencia a esta decisión equivocada. En los versículos anteriores se dice que Abraham habitó en las tiendas *con Isaac y Jacob*, coherederos de la misma promesa. Algo más adelante leemos que todos confesaron ser extranjeros y peregrinos en la Tierra (v. 13). Deseaban una patria mejor y celestial. El cielo era su hogar y por eso fueron solo moradores y peregrinos aquí (1ª P. 1:1,17; 2:11).

Jacob no fue fiel a sus principios y nos da la impresión de que trató de ocultarlo. Llamó su nuevo lugar de residencia Sucot (*Cabañas*), como los refugios que construyó para su ganado. Pero al hacerlo ocultó el hecho de que se había construido una casa también para él, un lugar permanente de morada (v. 17). ¿Acaso no estaba reconociéndolo con el nombre de dicho lugar? ¿No deseaba quizá abandonar completamente la posición de peregrino? No estamos seguros, pero lo evidente es que actuó movido por la tibieza y la falta de interés, lo que vamos a poder ver en el siguiente lugar donde se detuvo: Siquem.

*Somos solo peregrinos aquí.
El cielo es nuestra patria,
el cielo es nuestro hogar.*

EL ALTAR CERCA DE SIQUEM

Génesis 33

Jacob llega a Canaán

Cuando Jacob finalmente partió de Sucot y llegó a salvo a la tierra de Canaán, no prosiguió hasta Betel sino que se estableció cerca de Siquem, por lo que todavía no puso en práctica su promesa inicial de Génesis 28:22 para honrar a Dios en Betel, Su propia casa.

Pasó todo lo contrario, y nos da la impresión de que quiso quedarse permanentemente en los verdes pastos de Siquem: «Después Jacob, cuando regresaba de Padanaram, llegó sano y salvo a la ciudad de Siquem, que está en la tierra de Canaán, y acampó delante de la ciudad. Compró a los hijos de Hamor, padre de Siquem, por cien monedas, la parte del campo donde había plantado su tienda, erigió allí un altar y lo llamó El-Elohe-Israel» (vv. 18-20).

Así pues, dispuso su campamento a la entrada de Siquem, actuando como Lot, quien montó su tienda en un sitio remoto donde se encontraba

Sodoma. A continuación, Lot abandonó completamente su posición de peregrino y se convirtió en un ciudadano de esa ciudad. Parece ser que Jacob no puso atención en este ejemplo nada positivo y levantó su tienda enfrente de la ciudad. Pero todo lo que el hombre siembra, también siega. Génesis 34 nos muestra los malos resultados que tuvo la acción de Jacob. Si Dios no hubiera intervenido, Sus hijos se habrían mezclado con los habitantes de Siquem. Israel no hubiera sido una nación separada y los planes de Dios para formar un pueblo especial se habrían desbaratado.

La adquisición de la parcela de terreno donde Jacob dispuso su tienda confirma que quería establecerse allí. Probablemente se tratara de una parcela relativamente grande comprada con el objetivo de manejar sus negocios sin estorbo. Es posible que la adquiriera para evitar las disputas que su padre había tenido (ver Gn. 26), pero de todos modos no dejaba de ser una negación de su posición de peregrino, una actitud que no se correspondía con el ejemplo de su padre y de su abuelo. Cuando Abraham compró un área de terreno lo hizo con el propósito de tener una sepultura en la tierra prometida (Gn. 23).

El-Elohe-Israel

Jacob no dejó de servir al Dios verdadero aunque en algunos aspectos su camino fuera contrario a los pensamientos de Dios. Erigió un altar y lo llamó El-Elohe-Israel, que quiere decir «Dios,

el Dios de Israel» (v. 20). Para Abraham era algo muy normal levantar un altar; también lo era para Isaac, y al erigir este altar Jacob siguió los pasos de su padre y abuelo.

Tenemos aquí uno de los tres aspectos que caracterizaba a los patriarcas: la posesión de un altar, una tienda y un pozo. El *altar* nos habla de nuestro culto, la *tienda* de nuestra vida peregrina, y el *pozo* tiene el significado del agua de la Palabra de Dios. Los tres no pueden ir separados y se mencionan en un versículo de Génesis 26:25.

El primer altar del que nos hablan las Escrituras es el de Noé, que construyó uno a Jehová en el que le ofreció holocaustos en una —por expresarlo de esta forma— tierra nueva, y Dios olió el dulce aroma (Gn. 8). Después vemos a Abraham construyendo altares cerca de Siquem, Betel, Hebrón y en el monte Moria (Gn. 12, 13 y 22). Y para acabar, el último que construyó altares en el libro del Génesis fue el patriarca Jacob, que se hizo dos: el primero frente a la ciudad de Siquem, y el segundo en Betel (Gn. 33 y 35).

Estos altares servían para ofrecer un holocausto, y eran iguales al altar de Noé. Como ya sabemos, Abraham ofreció en el altar un carnero en vez de a su hijo. La palabra «altar» de estos capítulos del Génesis también se utiliza en otras partes del Pentateuco para referirse al altar del holocausto que estaba en el tabernáculo. El sacrificio del holocausto se ofrecía enteramente a Dios, una ofrenda pasada por el fuego y transfor-

mada en un dulce aroma para Jehová (ver Levítico, cap. 1).

Profundizaremos más en el significado del altar del holocausto, así como en los sacrificios que en él se ofrecían cuando estudiemos el altar de Betel. Cabe decir que el altar es aquí el sitio donde el hombre se encuentra con Dios, sabedor de que no es digno de nada. En el altar observamos que tenemos acceso a Dios solo en virtud de un sacrificio que le satisface. El altar es el centro de reunión y adoración.

Aunque quiera servir a Dios, el hombre puede actuar con voluntad propia. No podemos sino concluir aquí con que Jacob había inventado una religión fruto de su propia voluntad —algo que se repetiría más tarde en la historia del pueblo de Dios—. El altar de Dios no se puede construir donde queremos, sino solo en el lugar que Dios escoge. Jacob levantó un altar cerca de Siquem, pero Dios deseaba tenerlo en Betel, el sitio donde se había aparecido a él y donde quería que le sirviera (ver Gn. 35:1).

El inmenso contraste entre estos dos altares lo tenemos en sus dos nombres. Uno se llamaba El-Elohe-Israel («Dios, el Dios de Israel»), y el otro El-Betel («Dios de la casa de Dios»). El significado del primer nombre viene a ser lo mismo que decir «mi Dios es Dios», una confesión algo egoísta que el patriarca hizo. En el segundo se hace evidente un conocimiento más profundo del nombre de Dios: es aquel con quien nos encon-

tramos *en Su casa* (comparar Gn. 33:20 con 35:7).

La verdad es que Jacob tenía todos los motivos para estar agradecido a Dios por protegerle y bendecirle. Erigió el primer altar en honor al Dios que había hecho tanto por él, pero quiso seguir centrándose en su propia persona. Aunque empleaba un nombre nuevo, Israel, Dios no lo reconocía como tal, y no fue hasta el capítulo 35 de Génesis que Dios le llamó otra vez por su nuevo nombre después de que construyera un altar en Betel, donde dejó de centrar su atención en sí mismo y lo hizo en la gloria del Dios de la casa de Dios.

*Continuamos nuestro camino a
donde la vida y la gloria están;
allí el descanso tendremos y
en perfecto amor la gloria
compartiremos.*

SEGUNDO LLAMAMIENTO DE REGRESAR A BETEL

Génesis 35

Sube a Betel

A pesar de que Jacob regresara a la tierra de Canaán, no se dirigió a Betel, al lugar donde Dios se le había aparecido y donde había hecho una promesa. Prefirió establecerse cerca de Siquem, donde más tarde pagó las serias consecuencias de su decisión. Sin embargo, necesitaba otro llamamiento claro de parte de Dios antes de dirigirse realmente allí: «Dijo Dios a Jacob: Levántate, sube a Betel y quédate allí; y haz un altar al Dios que se te apareció cuando huías de tu hermano Esaú» (v. 1).

Parece que Dios no estaba contento con el altar que Jacob había construido en Siquem, pues lo que deseaba era tener uno en Betel, donde se apareció a Jacob. Betel era Su morada, y después de que las experiencias dolorosas de Génesis 34 le hicieran cambiar de idea Jacob tuvo que volver al punto de partida de su viaje. La voluntad de Dios para él era que subiera al lugar de Su casa

para habitar allí y construir un altar, no hacerlo en otra parte.

Betel, y no Siquem, era el sitio donde tenía que servir a Jehová. Pero antes fue necesario presionarle un poco para obligarle a ir. Por segunda vez Dios llamó a la puerta de su corazón porque era Su deseo tenerle en Su presencia, en Su propia casa. Hasta ese momento, no había reaccionado a Su llamada, sino que se había mostrado indiferente ante la amable invitación de Dios. Nosotros podemos comportarnos de una forma similar y tal vez el Señor tenga que decirnos también: «Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo» (Ap. 3:20).

Dios disciplinó a Jacob con la intención de bendecirle y para que no se desviara más de Él. Con toda la buena intención quería ofrecerle un lugar en Su casa para festejar con él allí. Las excusas de Jacob hasta entonces fueron como las que inventaron quienes rechazaron la invitación a la gran cena en la parábola de Lucas 14. ¿Y qué hay de nosotros? ¿Tenemos realmente interés en cenar con Él en Su casa?

Y quédate allí

A partir de ese instante, Betel iba a ser la morada de Jacob. Tenía que ir a la casa de Dios y habitar allí, quedarse a vivir. Ese lugar de morada tenía que ser el mismo que Dios habitaba y no debía abandonarlo otra vez. Tenía que servir a

Dios y levantarle un altar para presentarle ofrendas e invocar Su nombre.

Es un gran privilegio morar en la presencia de Dios, pero el corazón de Jacob no era todo lo puro que se requería delante del Señor y por eso era incapaz de afirmar como el salmista: «Una cosa he demandado a Jehová, esta buscaré: que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová y para buscarlo en su templo» (Sal. 27:4). Jacob no sentía deseos fervientes de habitar en la casa de Dios perpetuamente y ver Su poder y gloria en el santuario (Sal. 23:6; 63:2).

Mucho menos podía subir a la casa del Señor con regocijo. Todavía existían serios obstáculos que debían ser quitados. Había dioses ajenos entre ellos que impedían tener comunión con el Dios vivo y verdadero.

Aunque sea un gozo estar en la presencia de Dios, se trata de Su habitación *santa*, y la santidad adorna Su casa. Solo podremos entrar en ella cuando obedezcamos la voluntad de Dios de manera práctica.

Esto explica que Jacob tuviera que prepararse para encaminarse a Betel. Tanto su vida como la condición espiritual de él y su familia tenían que ajustarse a la santidad de la casa de Dios.

El llamamiento de Dios

Para resumir, podemos decir que este segundo llamamiento de volver a Betel consta de cuatro partes:

1. Jacob tenía que levantarse y hacer los preparativos necesarios para poder presentarse ante Dios.

2. Debía subir hasta Betel, la casa de Dios, el lugar donde Dios habitaba y en el que se le había revelado.

3. En adelante, esa iba a ser también la morada de Jacob, quien se convertiría en un miembro de la familia de Dios (Ef. 2:19).

4. El altar tenía que construirse allí. Jacob debía adorar en el lugar que Dios mismo había escogido para hacer habitar Su nombre.

*Levántate, regresa ahora a Betel
donde Yo a ti me aparecí;
evoca el voto solemne
que tú me hiciste allí.*

*Te he acompañado en el camino,
pero Betel es el lugar
donde debes ir y has de estar,
y mi gracia y amor contemplar.*

BETEL, MORADA DE DIOS

Génesis 35

De nuevo en Betel

El cristiano que aprende la verdad de Betel, la casa de Dios, sabrá cuáles son las prerrogativas y responsabilidades que lleva aparejada. Esta persona será plenamente consciente de tomar su lugar como piedra viva de la casa de Dios y miembro de Su familia, y actuará en consecuencia.

Ahora, pues, tenemos ante nosotros la presentación de estos detalles de la vida de Jacob. La voluntad de Dios era que subiera a Betel y encontrase el lugar de la casa de Dios para vivir allí como sacerdote delante de Él. A este punto nos quiere llevar también a nosotros. Él nos educa como hijos Suyos, y de vez en cuando se vale de toda clase de medios —como vemos en la vida de Jacob— con el fin de llevarnos a Su casa y a Su presencia.

Al contemplar la manera como Jacob regresó a Betel, nos conviene fijarnos en el significado

de este lugar bajo la luz del Nuevo Testamento. La verdad de Betel, la verdad de que Dios tiene en la Tierra una casa, es una total realidad en la dispensación de hoy y ello se basa en la obra consumada de Cristo y la venida del Espíritu Santo.

Su fundamento está en la montaña santa

Ya hemos visto que la casa de Dios, la Iglesia, está fundamentada en Cristo, la Piedra viva. Es muy notable ver que Génesis 28 nos habla del pilar de piedra que, en figura, se trataba de la «casa de Dios», la futura morada de Dios (v. 22). Jesús habló del templo de Su cuerpo, pues en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad (Jn. 2:19-22; Col. 2:9). La Iglesia que se edifica en Él también es el templo de Dios, una morada de Dios por el Espíritu (1ª Co. 3:16; Ef. 2:20-22). Cristo y la Iglesia son en realidad uno, y Él ha querido que ella sea el lugar de morada de Dios para hoy.

El feliz hecho de que Dios mora en la Tierra se basa en la redención. Las epifanías de Dios a los patriarcas eran siempre algo temporal. Cuando terminó de hablar con Jacob, le dejó y se alejó otra vez de él (Gn. 35:13). Dios vino a vivir entre el pueblo de Israel de forma permanente tras su liberación de Egipto, y después de la construcción del tabernáculo. Dentro de este se sentaba en el trono del propiciatorio, en el sitio donde la sangre de la redención se había rociado. En otras palabras, Dios habitaba en el tabernáculo y más

tarde lo haría en el templo, en base a la sangre que hablaba de la obra redentora de Cristo.

Con la construcción del templo de Salomón en el campo de Ornán el jebuseo, donde David construyó un altar a Jehová (1° Cr. 22:1; 2° Cr. 3:1), se demuestra de modo significativo que la expiación es el verdadero fundamento de la casa de Dios. En aquel lugar se hizo la redención para un pueblo pecador, donde también las exigencias santas y justas de Dios fueron satisfechas por el sacrificio de un sustituto que fue alcanzado por el fuego consumidor del juicio divino. Así fue que se construyó el templo en el mismo lugar donde había quedado aplazada la ira de Dios. El salmista afirma que la casa de Dios está fundamentada en Su monte santo, donde hizo manifiesta Su santidad y fue satisfecha (Sal. 15:1; 48:1; 87:1).

La sustancia es de Cristo

Pero estas cosas eran las sombras de lo bueno que estaba por llegar, de la sustancia que es de Cristo (Col. 2:17; He. 10:1). Dios habita ahora entre Su pueblo redimido de forma diferente. En el Antiguo Testamento, la columna de nube se retiraba del santuario, pero esto ya no es más así porque el Espíritu habita con nosotros siempre. El Espíritu Santo mora con nosotros y estará *en* nosotros (Jn. 14:16-23). Jesús y el Padre han hecho su hogar con nosotros. Estas bendiciones, sobre todo la presencia del Espíritu en el pueblo de Dios, no se podían comprender bajo el antiguo

pacto, ya que Dios habitaba detrás de tinieblas y separado del pueblo, sin que nadie pudiera tener acceso a Él. Una vez al año, el sumo sacerdote tenía el privilegio de entrar en el lugar santísimo con la sangre de la redención.

Cuando vino la plenitud del tiempo y Cristo consumó la obra redentora, Dios podía habitar en la Tierra de forma totalmente diferente. Ya no se sentaba en el trono de un templo de piedra, sino en uno de piedras *vivas*. La morada actual de Dios se compone de pecadores salvados, vivificados por Cristo y que tienen al Espíritu Santo en ellos.

Como cristianos, somos agrupados por el Espíritu Santo de entre los judíos y los gentiles. Juntos constituimos el templo de Dios, Su casa, a la vez que pertenecemos a la familia divina como miembros dentro de un sacerdocio santo y real. Estos dos pensamientos van unidos: los que componen la morada de Dios por el Espíritu son también quienes tienen libre acceso a Él (ver Ef. 2:19-22; He. 3:1-6; 1º P. 2:4-10). Las personas, que como piedras vivas edifican una casa espiritual, constituyen asimismo un sacerdocio santo para acercarse a Dios y ofrecerle sacrificios espirituales.

Estas dos características se encuentran también en la ciudad de Dios, la nueva Jerusalén que vendrá del cielo de Dios. Esta es una figura de la Iglesia en la gloria, la esposa del Cordero; en una palabra, de todos los creyentes de la dispensación

actual. Estos son las mismas personas que entran en la ciudad celestial y tienen acceso al trono de Dios y del Cordero (Ap. 21:27; 22:3). Así, la casa de Dios es a la vez la familia de Dios. Rodeado de Sus hijos, ellos se le acercan para rendirle culto y adorarle. He aquí la verdad de Betel.

DESECHANDO LOS DIOSES AJENOS

Génesis 35

Cómo nos debemos conducir en la casa de Dios

Betel era un lugar santo y Jacob y su familia debían adaptarse a la santidad de la casa de Dios. Esto va también para nosotros, pues existen ciertos requisitos para nuestra conducta en la casa que es la Iglesia del Dios vivo (1ª Ti. 3:15).

La casa de Dios sigue siendo un lugar santo. Tanto es así que está fundamentada en la obra consumada de Cristo, quien ha satisfecho las exigencias justas de Dios y nos ha llevado a Él. La santidad de Dios se ha manifestado en su grado más alto en la cruz del Calvario. Cristo, que no conocía pecado, fue hecho pecado por nosotros para que fuésemos hechos justicia de Dios en Él. La santidad de Dios era tan alta que Él no pudo escatimar a Su propio Hijo cuando tomó nuestro lugar en el juicio.

La obra de Cristo sirvió para glorificar a Dios, ensalzar Su santidad y justicia. Por consiguiente, Cristo está ahora glorificado a Su diestra en el

cielo, y el Espíritu Santo ha descendido a la Tierra. Un Hombre fue tomado a la gloria, y Dios el Espíritu Santo descendió para reunir a toda la Iglesia y hacer Su morada con nosotros. Tales son los efectos trascendentales de la obra de Cristo.

Si es el Espíritu *Santo* quien habita en la Iglesia, debe hacerlo en conformidad a la *santidad* de Dios. Nada impuro debe introducirse en este templo santo, porque la santidad adorna la casa de Dios (Sal. 93:5). Si esto era verdad con respecto al templo de Dios en la época del Antiguo Testamento, ¡cuánto más para la Iglesia cuando va a ser eternamente Su lugar de morada!

Cuando seamos conscientes de la santidad de la casa de Dios nos purificaremos. Todas nuestras cosas serán coherentes con el servicio que prestemos a este Dios santo y quitaremos de en medio todo lo que nos impida habitar en Su presencia.

Esta es la decisión que Jacob tomó una vez se puso en camino hacia la casa de Dios: «Entonces Jacob dijo a su familia y a todos los que con él estaban: Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, limpiaos y mudad vuestros vestidos. Levantémonos y subamos a Betel, pues y allí haré un altar al Dios que me respondió en el día de mi angustia y que ha estado conmigo en el camino que he andado» (vv. 2,3).

No podemos servir a Dios y a los ídolos, ni entrar en la presencia de Dios con nada que pueda ser contrario a Su santidad. Betel, la casa de Dios, es un lugar santo, y es ahora que Jacob em-

pezaba a entenderlo. Por lo tanto, él y su familia se sometieron a una minuciosa tarea de limpieza:

1. Quitaron a los dioses ajenos y se volvieron de ellos al Dios vivo y verdadero, dedicándose a Su servicio por completo (ver 1ª Ts. 1:9).

2. Se purificaron a sí mismos, algo que nos habla del lavamiento del agua por la Palabra (ver Ef. 5:26).

3. Cambiaron de vestiduras, lo que en figura nos habla de revestirse del Señor Jesucristo (ver Rm. 13:14).

El origen de la idolatría

Cuando el Dios de gloria se apareció a Abraham, este abandonó un lugar de idolatría, Ur de los Caldeos, para dirigirse a la tierra que Dios le quería mostrar. Isaac continuó también en la adoración del Dios vivo, pero en la familia de Jacob los ídolos ocuparon nuevamente su lugar, al parecer por causa de la acción de Raquel (Gn. 31:19-35). Por esta razón fue necesaria una purificación, pues Jacob se estaba dirigiendo a la morada del Dios vivo y verdadero.

Observemos por unos instantes cuáles son los orígenes de la idolatría. Después de la caída del hombre en el pecado, volvió la espalda a Dios y Satanás, que le había engañado, se apoderó más que nunca de él. Detrás de los ídolos se encuentran poderes satánicos (Dt. 32:17; 1ª Co. 10:20). Como el hombre ya no conocía al Dios verdade-

ro, era muy fácil que cayera bajo la influencia de dichos poderes, y entonces comenzó a adorar a toda clase de dioses falsos: imágenes de criaturas, cuerpos celestiales y espíritus de antepasados. Adoraba y servía a la criatura antes que al Creador, quien es bendito para siempre. Amén (Rm. 1:25).

El propósito del llamamiento de Abraham era para separarlo de este mundo en el que la idolatría se había convertido en una práctica corriente. Dios quería hacerlo progenitor de un pueblo que perteneciera al Dios vivo. Pero esto se materializó solo en parte en la historia de Israel. Una y otra vez, se desviaron del Señor para servir a los ídolos. Ya hemos visto que los ídolos habían tenido otra vez aceptación en la familia de Jacob. En la tierra de Egipto, Israel sirvió a los ídolos egipcios (Ez. 20:4-8), y en el desierto sirvieron al becerro de oro y a las huestes del cielo (Hch. 7:41,42). En la tierra prometida, se entregaron a los dioses de los cananeos y de las naciones colindantes, por lo que debido a su infidelidad los israelitas fueron finalmente deportados, primero las diez tribus y después las dos restantes. Parecía que se había llegado a una ruptura entre Dios y Su pueblo, a pesar de que más tarde Él propiciara el regreso de Babilonia de un remanente para que se cumplieran las promesas con respecto al Mesías.

Sin embargo, el pueblo no aceptó a Su Mesías, y por consiguiente Dios mantiene hoy un

contencioso contra ellos, así como unos cargos que les ha imputado, no solo por culpa de su idolatría, sino porque rechazaron al Señor Jesucristo. El espíritu inmundo de idolatría dejó la casa durante un tiempo, pero volverá a entrar en ella (Mt. 12:43-45).

Esto ocurrirá cuando Israel acepte al anticristo, que se presentará en su propio nombre, y le adore en el templo de Dios (Jn. 5:43; 2ª Ts. 2:4). La relación entre Dios y Su pueblo se restaurará solo durante las pruebas de los últimos tiempos, cuando los juicios los refinen y se vuelvan arrepentidos a Aquel a quien traspasaron (Zc. 12:10).

La historia de Israel ha demostrado que el hombre natural es incapaz de servir a Dios. La ley no hacía perfecto nada, débil como era lo que se manifestaba a través de la carne. Solo demostró que el hombre era pecador e incapaz de mejorar. Hacía falta un nuevo hombre con un corazón nuevo y una naturaleza nueva que respondieran a la voluntad de Dios. Si nos volvemos a Cristo con fe, este es el don gratuito de Dios para nosotros.

Convertirse de los ídolos a Dios

Durante el tiempo actual, Dios selecciona de entre los judíos y las naciones a un pueblo nacido de nuevo, la Iglesia de Dios que Él compró con la sangre de Su Hijo. Él nos ha llevado a una relación íntima con el Dios vivo y verdadero. En referencia a la iglesia de los tesalonicenses, Pablo dice que esta era «en Dios Padre y el Señor Jesu-

cristo» (1ª Ts. 1:1; 2ª Ts. 1:1). Ellos se volvieron de los ídolos para servir al Dios vivo y para esperar a Su Hijo de los cielos. Volvieron la espalda a aquellas vanidades y sirvieron al Dios verdadero, el Creador y Sustentador del universo (Hch. 14 y 17).

El apóstol Juan habla también de nuestra comunión con el Dios verdadero cuando afirma: «Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna» (1ª Jn. 5:20). Nuestro conocimiento del Dios verdadero es tal que estamos en Él, en Su Hijo Jesucristo. Luego aquí, según las palabras de Pablo, encontramos los mismos privilegios que toda la iglesia de Tesalónica disfrutaba.

Hemos sido llevados a Dios y gozamos de una relación muy íntima con Él. Este vínculo de comunión con el Dios verdadero es tan real que incluso se nos dice que estamos en Él. Todo ello se lo debemos a la obra de Su Hijo, que es el Dios vivo y posee vida eterna en Sí mismo, y quien nos ha hecho partícipes de Su vida. Somos nacidos de Dios, y por lo tanto pertenecemos a la familia divina en la comunión con el Padre y el Hijo.

Pero nuestra vida puede no ser coherente en la práctica con esta comunión divina. Por eso Juan concluye su primera epístola avisándonos: «Hijitos, guardaos de los ídolos» (1ª Jn. 5:21). El peligro que entraña introducir a dioses ajenos

también es algo que no deberíamos subestimar. Estos dioses no tienen que ser necesariamente de madera o de piedra. Puede ser un ejemplo la codicia, otra forma de idolatría (Col. 3:5).

Los dioses visibles y tangibles se han introducido también en la cristiandad. Pensemos, por ejemplo, en la iconolatría y en la veneración de los santos y sus reliquias. Por este motivo, el Señor acusa a la Iglesia infiel de idólatra y adúltera (Ap. 2:4,14,20). Igual que en la historia de Israel, la historia del testimonio cristiano es de decadencia y apostasía. Después del arrebatamiento de los verdaderos creyentes, los profesantes que permanezcan aún aquí caerán en gran idolatría junto con los judíos renegados, pues adorarán al anticristo y a la bestia salida del mar, el gobernante del Imperio Romano revivido, y al mismo Satanás (Ap. 13:4). El objeto de su adoración ese día será, por así decirlo, una trinidad satánica.

La segunda venida de Cristo pone punto y final a esta culminación de la idolatría. Él destruirá al anticristo, el hombre de pecado, con el esplendor de Su venida (2ª Ts. 2:8). El falso profeta será lanzado vivo al lago de fuego y la bestia con él (Ap. 19:20). Satanás será atado durante mil años, por lo que no engañará más a las naciones. Esto marcará una nueva era en la que las naciones no caerán más en la idolatría. La Tierra se llenará del conocimiento de Jehová como las aguas cubren el mar y los pueblos le servirán unánimes (ver Is. 11:9,10; Sf. 3:9; Zc. 14:16). Los dioses

ajenos habrán desaparecido de Israel completamente, las naciones adorarán al Rey, a Jehová de los ejércitos, y la nueva Jerusalén, el trono de Dios y del Cordero, iluminará la Tierra con su luz celestial.

¿Y qué hay de mí?

*Despierta, alma inmortal
y acomete juicio imparcial;
mira si no aparecen dioses
extraños, ídolos en tu
corazón estimados.*

LA ENCINA JUNTO A SIQUEM

Génesis 35

Cómo se destrona a los dioses ajenos

Es extraordinario ver cómo los dioses ajenos en la familia de Jacob llegaron a su fin. Jacob los escondió bajo la encina que estaba junto a Siquem: «Ellos entregaron a Jacob todos los dioses ajenos que tenían en su poder y los zarcillos que llevaban en sus orejas, y Jacob los escondió debajo de una encina que había junto a Siquem» (v. 4). Este lugar es una figura de la cruz y de la tumba del Señor Jesús, quien triunfó sobre los poderes idolátricos cuando se sumergió en la muerte pareciendo estar desprovisto de poder.

Sabemos que la caída del hombre situó el mundo bajo la esfera de influencia de Satanás. El hombre, que tenía que gobernar la creación de Dios, escuchó la voz de la serpiente. De este modo se situó con todo lo que poseía bajo la autoridad del enemigo. El mundo entero yace bajo el dominio del maligno (1ª Jn. 5:19 V.M.). Esto significa que está bajo el control del inicuo, ca-

racterizado por los rasgos que distinguen al príncipe de este mundo. Las Escrituras nos dicen que los principios de la codicia y el orgullo controlan este mundo (1ª Jn. 2:16), lo que demuestra que los principios perversos que motivaron la caída de Satanás, y con los que engañó también al hombre, son hoy en día los rasgos característicos del sistema mundial que él gobierna.

Cuando el diablo trató de humillar al segundo Hombre tuvo razón al decir: «A ti te daré todo el poder de estos reinos y la gloria de ellos, porque a mí me ha sido entregada y a quien quiero la doy» (Lc. 4:6). El Señor no le contestó. Satanás es el gobernante o príncipe de este mundo, de quien se nos advierte en el evangelio de Juan que fue llamado con este nombre tres veces (Jn. 12:31; 14:30; 16:11). Tiene poder sobre el mundo y lo ejerce por medio de sus demonios, los ángeles caídos. Son «los gobernadores de las tinieblas de este mundo» (Ef. 6:12). Ellos lo controlan y, en consecuencia, el mundo se encuentra envuelto en tinieblas espirituales. El hombre se ha convertido en esclavo de su propia codicia e idolatría.

Estos poderes ejercen su control sobre el cosmos, es decir, el universo como un sistema ordenado e inteligente, pero solo hasta el punto en que Dios se lo permite. Por esta razón, a Satanás nunca se le llama el dios del cosmos, dado que Él no le ha cedido los derechos soberanos que ostenta sobre Su creación. Satanás *gobierna* el *cosmos*, y él también es *dios* del presente *siglo* malo

(Gá. 1:4; 2ª Co. 4:4; Ef. 2:2), lo cual significa que es el dios del sistema mundial que se rige actualmente en este siglo por su carácter de corrupción e idolatría.

Sin embargo, la época del presente en la que se le adora como dios se acerca a su fin. Amanece en cambio el «siglo venidero», en el que toda rodilla se doblará ante el Dios verdadero y Su Cristo. Entonces el cosmos se verá liberado del poder de su actual gobernante, y el gobierno será entregado públicamente en manos de nuestro Señor y de Su Cristo (Ap. 11:15). Satanás será derrotado y atado hasta que tenga lugar su juicio final al finalizar el milenio.

Ahora es el juicio de este mundo

Lo que queremos destacar ahora es que, en principio, Satanás y sus poderes ya han sido juzgados *en la cruz*. El Señor se refirió a este hecho dos veces, una dirigiéndose a las multitudes y otra a los discípulos. Al levantar a Cristo en la cruz se pronunció un juicio sobre este mundo, y por esta misma razón su dirigente tenía que ser expulsado (Jn. 12:31-33). La palabra griega que se emplea aquí por «juicio» tiene la connotación de poner en marcha una investigación judicial con el fin de alcanzar un veredicto. En el Calvario, el mundo llevado por su representante se rebeló contra su Creador. Manifestó una rebelión abierta en contra de Dios, y es así como selló su propio destino. La maldad de su representante también salió a

la luz, y por lo tanto iba a ser expulsado. La ejecución de este veredicto la hallamos en el libro del Apocalipsis, que tiene lugar en tres etapas en cuanto a Satanás: la primera, cuando será expulsado del cielo, después al abismo, y finalmente al lago de fuego (Ap. 12:9; 20:3,10).

La segunda ocasión en que el Señor habló del juicio de este mundo y de su representante lo hizo con respecto a la venida del Espíritu (Jn. 16:8-11). El Espíritu Santo iba a convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio. La presencia del Consolador sería la evidencia concluyente de estas tres cosas. El juicio es un juicio final. El Cristo que el mundo ha rechazado ha sido ensalzado a la diestra de Dios en los cielos, desde donde espera poder ajustar cuentas con Sus enemigos y ponerlos en el estrado de sus pies. La irrefutable evidencia de estas realidades se debe a la presencia del Espíritu Santo en la Tierra, como resultado de la glorificación de Cristo en el cielo. El mundo no debe pensar que escapará del juicio, porque su representante ya ha sido juzgado.

Cuando Cristo fue crucificado, de hecho obtuvo la victoria sobre Satanás y sus poderes: «Y despojó a los principados y a las autoridades y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz» (Col. 2:15). Cuando parecía que estas principalidades le habían vencido, en realidad ocurrió lo contrario: Él fue quien las venció y tomó Su lugar a la diestra de Dios «sobre todo principado y autoridad, poder y señorío, y sobre

todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero» (Ef. 1:21).

El mundo me ha sido crucificado por la cruz

Por este motivo, la cruz constituye una encrucijada en la historia del mundo. El mundo y su representante fueron juzgados aquí. El creyente sabe que gracias a la cruz ha terminado con el mundo. «El mundo me ha sido crucificado y yo al mundo» (Gá. 6:14). La cruz nos separa de un mundo bajo condenación. Nos convierte en ciudadanos de uno nuevo, de un reino en el cielo, un reino que no es de aquí (Jn. 18:36). Aunque estemos todavía en el mundo no somos de él, pues estamos unidos con Aquel que se marchó para ir al Padre. Nuestro verdadero lugar y nuestro futuro están donde Él está, en la presencia del Padre (Jn. 17:11-24).

Aquí solo somos peregrinos y esperamos ansiosos la llegada de otra época (Tit. 2:12,13). Hemos obtenido la liberación del presente siglo malo (Gá. 1:4). Cristo el Crucificado nos ha llevado a Él (Jn. 12:32). Y el Padre nos ha acercado y nos ha dado al Hijo (Jn. 6:37,44; 17:2,6,9,24). Nos ha liberado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino del Hijo de Su amor (Col. 1:12,13). Pertenece a un mundo nuevo cuyo Representante es el Señor resucitado y glorificado.

Naturalmente, se plantea la pregunta de cómo podemos experimentar esto de manera práctica. ¿Hasta qué punto tomamos realmente nuestro

lugar en la cruz y en la tumba de Cristo? ¿Entendemos que estamos unidos a Él? Fijémonos en María Magdalena. El Señor la había liberado del poder de Satanás; siete demonios salieron de su interior, por tanto ella no se alejó del lugar donde su Salvador estaba enterrado porque se sentía unida a Él, y por este motivo fue la primera persona que le conoció como el Resucitado y la Cabeza de una familia celestial (Jn. 20:11ss.).

El lugar donde se aniquiló el poder de Satanás es de lo que habla la encina junto a Siquem. Es el lugar de la muerte, donde uno termina con una vida de pecado y mundana. Siquem representaba un punto de inflexión para la familia de Jacob, como Peniel lo había representado personalmente para él. En este lugar dejaron atrás sus ídolos. Se podría decir que aquí sepultaron su pasado y se purificaron para ser aptos para la santidad de la casa de Dios, para Su presencia santa en Betel.

*Señor, reverentes nos detenemos
en la sombra de Tu cruz, que
nuestro corazón ha sellado
al mundo y a toda su luz.*

EL ALTAR EN BETEL

Génesis 35

El lugar El-Betel

Jacob y sus hijos se encontraban ahora en una buena disposición de presentarse ante Dios en Betel. Se habían purificado y deshecho de los ídolos, con lo cual podían dedicarse al Dios vivo y verdadero que deseaba ser servido en Su casa.

Gracias a la protección de Dios, podían proseguir hasta Betel sin impedimentos, y una vez llegaron allí Jacob construyó un altar: «Cuando salieron, el terror de Dios cayó sobre las ciudades de sus alrededores, y no persiguieron a los hijos de Jacob. Llegó Jacob a Luz, es decir, a Betel, que está en tierra de Canaán, él y todo el pueblo que con él estaba. Edificó allí un altar y llamó al lugar El-Betel, porque allí se le había aparecido Dios cuando huía de su hermano» (vv. 5-7).

Cuando Jacob volvió al punto de partida de su viaje, lo primero que hizo fue construir un altar. Al comienzo de su periplo había prometido a Dios que le honraría en ese lugar (Gn. 28:22),

y después de al menos treinta años llegó el día en que tenía que cumplir su promesa. Ocurrieron muchas cosas durante todo ese tiempo en el que Dios se había preocupado de llevar a Jacob de vuelta a Betel. Ahora se encontraba allí para erigir un altar —con arreglo a las instrucciones divinas— y en el lugar donde Dios se le apareció cuando huía de su hermano. Era un altar al Dios que le respondió en el día de su angustia y que le había acompañado en el camino trazado (v. 3).

Tenemos un altar

Aquí fue donde Jacob mostró ser agradecido, en el lugar que Dios escogió. No se trataba de un lugar elegido al azar o de uno que Jacob hubiera preferido buscarse, como con el altar en Siquem. Se trataba del lugar que Dios había elegido. Más adelante se aplicaría este mismo principio al pueblo de Israel, como podemos ver por el libro de Deuteronomio. No debían servir a Dios en todos los lugares que veían, sino en el lugar donde Él eligió hacer habitar Su nombre (Dt. 12-16). Los israelitas tuvieron que buscar ese lugar en una de sus tribus para dirigirse hacia allí y regocijarse en presencia de Jehová su Dios.

Para nosotros también es válido este principio. Rendimos culto a nuestro Dios en el lugar de *Su* elección, donde Él desea habitar entre los Suyos, y donde nos congregamos en el nombre del Señor Jesús (Mt. 18:20). No tenemos un altar visible como el Israel de antaño, sino uno *espiritual*.

En realidad, nuestro altar es Cristo mismo. Él es el centro de nuestra adoración y a Él venimos a para ofrecerle, por mediación Suya, el sacrificio de alabanza a Dios.

Este «altar» es de una clase totalmente distinta del altar del holocausto en el tabernáculo (ver He. 13:10-15). Se trata de un altar fuera del campamento judío asociado a un nuevo estado de cosas que se convirtieron en una realidad solo después de la exaltación de Cristo y del descenso del Espíritu Santo. El judaísmo no era más que una sombra de las cosas que venían, porque la sustancia es de Cristo (Col. 2:17). El altar del holocausto, por ejemplo, hablaba tanto de Su naturaleza humana —la madera de acacia— como de Su poder divino que resistía el fuego consumidor del juicio: el bronce. El actual sistema de adoración, no obstante, tiene que ver con la adoración al Padre en espíritu y en verdad (Jn. 4:23). No posee lugares terrenales de peregrinaje. Nosotros adoramos a Dios en el Espíritu (Fil. 3:3).

La epístola a los Hebreos nos muestra los contrastes que existen entre el judaísmo y el cristianismo. Entre otras cosas, tenemos un altar del cual los que sirven al tabernáculo no tienen derecho a comer (He. 13:10). No tiene nada que ver con el antiguo sistema de adoración. Quienes tienen todavía relación con el judaísmo, no tienen el derecho a comer de nuestro altar. No tienen comunión con Cristo, a quien expulsaron de Jerusalén, su lugar central de culto. Pero quienes

le seguimos nos identificamos con Él y le reconocemos como el Centro de un nuevo orden de servicio divino basado en Su presencia entre los Suyos y en la guía del Espíritu. Nos congregamos en el nombre de Jesús, que murió y vive eternamente, y así es como le recordamos.

Podemos hablar, pues, del altar *cristiano* como algo distinto del altar *judío*. Por medio de Cristo, ofrecemos sin cesar el sacrificio de alabanza a Dios dando gracias a Su Nombre, es decir, el fruto de nuestros labios. Cristo, el verdadero Centro de nuestro culto, es quien santifica nuestras ofrendas. Las hace aceptables a los ojos de Dios y por Él tenemos acceso a Dios entrando en el santuario. Por esta razón nos explica Pedro que somos un sacerdocio santo para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios *por medio de Jesucristo* (1ª P. 2:5).

Somos partícipes del altar

El hecho de que participamos de este altar destaca sobre todo en el partimiento del pan, cuando participamos de aquello que habla de la sangre y del cuerpo de Cristo que Él ofreció por nosotros. Es la comunión de Su sangre y de Su cuerpo. Tenemos comunión con el Cristo que murió por nosotros, igual que los israelitas participaban del altar cuando comían de las ofrendas que en él se ofrecían (1ª Co. 10:14-18). Para nosotros, Cristo es la ofrenda y el altar que santifica la ofrenda (ver Mt. 23:19). Tenemos comunión

con Él al alimentarnos de Su Persona y de Su obra, de Su sacrificio, que a los ojos de Dios adquirieron todo el valor que Su preciosa Persona podía darles.

Esto nos lleva al significado de las comidas sacrificiales en Israel, en especial de las ofrendas de paz y los sacrificios de acciones de gracias (Lv. 3 y 7). El vínculo mutuo de comunión en esas comidas tipifica nuestra comunión cristiana a la mesa del Señor. La mejor parte de estas ofrendas era para Dios, y se ofrecían a Él en el altar del holocausto. Todos cuantos eran limpios podían comer de él (Lv. 7:19-21). De esta forma participaban todos de la misma ofrenda. Entre ellos había un vínculo común de comunión que se basaba en la participación de la ofrenda y del altar.

Para nosotros significa lo mismo cuando participamos de la mesa del Señor y nos congregamos en Su nombre. Recordamos que la mejor parte de la ofrenda de paz —toda la grosura— era para Dios. Esto habla de la fragancia de la obra de Cristo delante de Dios, puesto que le glorificó y se ofreció sin mancha a Él. Desde que somos sacerdotes de nuestro Dios, también participamos del sacrificio de Cristo, del cual testificamos partiendo el pan. Cuando recordamos Su amor tenemos presente todo el valor de Su muerte ante nosotros. Contemplamos el amor y la fuerza con que Cristo se ofreció a Dios —tipificados en el pecho y en el muslo derecho de la ofrenda de paz—.

La cena del Señor nos recuerda el sacrificio perfecto de Cristo. Expresamos el valor de esta ofrenda única a través de los sacrificios *espirituales* que ofrecemos a Dios. El Cristo vivo nos invita a recordarle como el Cordero que fue sacrificado y a traer nuestras ofrendas de alabanza y adoración. En este sentido, nos parecemos a los israelitas que llegaban con sus ofrendas de paz al tabernáculo de reunión y al altar del Señor, además de con sus ofrendas voluntarias y de grano.

El altar es el lugar donde Dios y el hombre se citan. Este se acerca a Dios para presentarle sus ofrendas, y Dios se ve con él para tener comunión y bendecirle. Tanto Dios como el hombre se alimentan de las ofrendas. Participan de (la apreciación de) los mismos sacrificios. Así pues, el altar es un lugar de culto, pero también el lugar de comunión. Dios habita cerca del altar, y es allí donde se le conoce como el Dios de Su casa.

Jacob llamó el nombre de su altar El-Betel, es decir, «Dios de la casa de Dios». Cuando se acercó para honrarle en ese lugar se encontró con Él como el Dios de Su casa. Dios se le reveló como Aquel que tenía una morada en la Tierra, un lugar donde Jacob pudiera habitar en Su presencia. Le vemos, pues, como el que invita a los Suyos a entrar en el lugar santo y habitar en Su presencia. Dios nos convida como hijos porque le gusta tener comunión con nosotros. Él desea revelarse como un Padre de amor. El lugar del altar de Dios es el sitio donde Él habita en medio

de Su pueblo. Tal es el sitio que responde a Su voluntad, donde Él reúne a los Suyos alrededor de Su amado Hijo.

LA ENCINA DEL LLANTO

Génesis 35

Somos libres de la Ley

El relato de las experiencias de Jacob con la casa de Dios se ve interrumpido de pronto por el anuncio de la muerte y sepultura de la criada de Rebeca: «Entonces murió Débora, nodriza de Rebeca, y fue sepultada al pie de Betel, debajo de una encina, la cual fue llamada Alón-bacut (esto es, la encina del llanto)» (v. 8).

Este hecho se menciona como un detalle que tiene relación con Betel. Como consecuencia de la longevidad de las personas en aquella época, este suceso pudo haber ocurrido *después* del regreso de Jacob a Betel. Algunas traducciones vierten que Jacob dio su nombre a la encina, pero aparte de la cuestión de la fecha en que esto sucedió esta incidencia es muy importante para el asunto que tratamos, de modo que no es ninguna casualidad que este versículo esté insertado precisamente aquí.

Se puede observar que en estos versículos se habla *dos veces* de una encina. El árbol cerca de Siquem determinaba el lugar donde se suprimieron los ídolos (v. 4). El primer árbol es una figura de la cruz, donde Satanás y sus poderes han sido juzgados. La segunda encina nos muestra otro aspecto de la cruz, sobre todo que el mundo *idólatra* y sus poderes, así como el mundo *religioso* y sus tutores, han tenido allí su final (v. 18).

Esta característica de la cruz se puede ver especialmente en la epístola a los Gálatas. La muerte de Cristo deshizo el vínculo con la criada, la Ley, y esto significó el final del período de tutela en que los judíos vivieron esclavizados con los elementos del mundo. Pablo dice que la Ley los mantenía bajo su cuidado. La Ley era su tutor (Gá. 3:23-25). Él empleó el término «pedagogo», es decir, alguien que se responsabilizaba de un niño y le acompañaba en su educación, no un educador en el sentido moderno de la palabra.

La posición de los judíos antes de la venida de Cristo era del siguiente modo: como niños pequeños, se les había puesto bajo el amparo de la Ley, un tutor que los guiaba a Cristo y los preparaba, en un aspecto, para Su venida y para la creación de una nueva base en la que poder tener una relación *de fe* con Dios. La Ley dejaba muy claro que el hombre era pecador y que no podía justificarse con Dios por sus obras. La Ley era nuestro tutor, dice el apóstol, hasta que Cristo vino, a fin de que fuéramos justificados por la fe.

Entonces no era la Ley, sino la fe, la verdad revelada respecto a Cristo y Su obra acabada, la cual sería la base de la relación del creyente con Dios. «Pero ahora que ha venido la fe, ya no estamos bajo un guía, porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús» (Gá. 3:25-26).

La libertad de los hijos de Dios

Llegado este punto, el apóstol cambia la forma del discurso: ya no habla de «nosotros», sino de «vosotros», pues *vosotros* se refiere a todos los hijos de Dios, y los creyentes de los gentiles compartían los mismos privilegios que los judíos convertidos. Todos ellos eran hijos por la fe en el Hijo de Dios. Anteriormente, el judío creyente permanecía en la esclavitud de la Ley y los gentiles servían a los ídolos. Pero Dios envió a Su Hijo a todos estos esclavos para liberarlos de sus cadenas y ofrecerles la libertad de los hijos de Dios. Ahora están todos ellos en una posición nueva e igual ante Dios, de la que Cristo es la Referencia y el Modelo.

Fueron necesarios dos acontecimientos importantes para ofrecer a todos esos pobres esclavos la adopción de hijos: la venida del Hijo y la venida del Espíritu Santo que, con toda la intención, es llamado *el Espíritu del Hijo de Dios* (Gá. 4:6). Cuando llegó la plenitud de los tiempos Dios envió a Su Hijo para redimir a quienes estaban bajo la Ley y recibieran la adopción de hijos (Gá. 4:5; ver Rm. 8:15; Ef. 1:5). Como hijos

y herederos de Dios, se regocijaban en su nueva posición conforme a la gracia. En esta misma posición los gentiles estaban ante Dios por la fe. Esta nueva compañía incluía a los creyentes gentiles, y por ser todos hijos de Dios Él les envió el Espíritu de Su Hijo a sus corazones y exclamaron «¡Abbá, Padre!».

Esta posición filial establece un contraste con nuestra posición anterior de hijos y esclavos, ya fuera bajo la Ley o bajo la esclavitud de los ídolos (Gá. 4:3,8). En este pasaje, el servicio a la Ley se compara con el servicio a los ídolos, pues todo ello pertenece a los elementos mundanos de los que la muerte de Cristo nos ha separado (v. 9). Desde que hemos sido trasladados al reino del Hijo amado de Dios, pertenecemos a otro mundo. Por lo tanto, debemos comportarnos como hijos y no alimentarnos más de los elementos de un mundo sometido al poder del maligno.

La muerte de Cristo nos ha separado de la Ley, que era nuestra nodriza. La cruz de Cristo no solo venció y desarmó los poderes idolátricos, sino que la prescripción de los requisitos que iba en nuestra contra, la Ley, desapareció: fue borrada del mapa y clavada en la cruz. Nuestra conducta no está delimitada ni por el mundo pagano con sus ídolos, ni por el mundo religioso con sus leyes (Col. 2:14-17). Nuestra regla de vida es el Cristo resucitado, el Hombre celestial. Con Cristo morimos a los principios básicos del mundo, cuyos elementos se componían de filosofías reli-

gias y de las tradiciones de los hombres (Col. 2:8,20). Se nos ha dejado sueltos de la Ley, y hemos muerto a todo lo que nos sujetaba a ella para servir en la novedad del Espíritu y no en la antigüedad de la letra (Rm. 7:6). Ahora estamos en la libertad cristiana. Ya no somos esclavos, sino hijos, y como tales servimos a Dios en el poder del Espíritu.

Un lugar de llanto

Sin embargo, en la práctica es difícil deshacerse de los principios que uno ha aprendido desde pequeño. Recordemos que la encina a cuyo pie fue enterrada la criada era un lugar de llanto. Con todo, tenemos que separarnos de ella, tal y como ocurre en la vida de Jacob, si lo que queremos es habitar al menos en la presencia de Dios como hijos y miembros de Su familia. Esta separación es necesaria para poder comprender la verdad de la casa de Dios, la verdad de Betel.

Durante los primeros años de la Iglesia, la cruz demostró ser un lugar de lamento en este sentido. Qué difícil era abandonar los viejos principios judaicos y dejar el campo, el sistema de adoración bajo la Ley. Pedro lo tuvo difícil para abandonar las viejas normas legales de conducta (ver Hch. 10:14; Gá. 2:12). Incluso al cabo de su ministerio, Pablo no podía deshacerse de la influencia de su antigua «criada» (Hch. 18:18; 21:20-26).

Sin embargo, el sistema de la Ley es incompatible con el del Espíritu. El primero se caracteri-

za por el yugo de la letra, el último por la libertad. Pero si el Hijo nos hace libres, seremos realmente libres. Así caminamos como hijos en la libertad del Espíritu, tras abandonar el sistema que nos sujetaba en esclavitud. Los principios de este mundo ya no nos controlan, sino los de la casa de Dios. De esta manera, estamos en el lugar donde Dios se revela a nosotros, Sus hijos y herederos.

*La cruz sangrienta al contemplar
do el Rey de gloria padeció,
riquezas quiero despreciar
y al orgullo tengo horror.*

SEGUNDA REVELACIÓN EN BETEL

Génesis 35

Jacob encuentra a Dios en Betel

Tras deshacerse de todo cuanto pudiera recordarle su vida pasada en el mundo, Jacob ya se encontraba en la verdadera posición para verse con Dios. Él podía revelarse otra vez a Jacob. Los ídolos, así como la criada y todos los elementos mundanos que ejercían su influencia en el hombre carnal, habían desaparecido en la tumba. En Betel, Jacob se encontraba en el lugar que Dios tenía previsto para él, la casa donde Él habitaba y donde puso Su nombre por Su morada. Por lo tanto, le fue concedida a Jacob otra epifanía elaborada en las anteriores revelaciones de Génesis 28 y 32.

El profeta Oseas dice que en Peniel luchó con Dios, pero en Betel Dios le encontró y habló con él (Os. 12:4). Dios no se apareció a Jacob esta vez para *pelear*, sino para *hablar* y tener comunión. Este había sido el deseo del corazón de Dios durante todos esos años en los que tuvo que hacer

regresar a Jacob de sus propios caminos. Quería que estuviera en Su presencia para revelarse a él y mostrarle todas las bendiciones que le tenía preparadas.

Dios se reveló en Betel de la siguiente manera: «Se le apareció otra vez Dios a Jacob a su regreso de Padanaram, y le bendijo. Le dijo Dios: Tu nombre es Jacob; pero ya no te llamarás Jacob, sino que tu nombre será Israel; y lo llamó Israel. También le dijo Dios: Yo soy el Dios omnipotente: crece y multiplícate; una nación y un conjunto de naciones saldrán de ti, y reyes saldrán de tus entrañas. La tierra que he dado a Abraham y a Isaac te la daré a ti, y a tu descendencia después de ti» (vv. 9-12).

Aquí Dios pudo revelarse a Jacob como lo hizo con Abraham, que fue llamado el amigo de Dios. Jacob ya no era un esclavo, pues había obtenido la libertad. Estaba en la casa de Dios como hijo, donde podía sentirse cómodo. Este lugar dejó de aterrorizarle (ver Gn. 28:17). Se hallaba en la presencia de Dios consciente de ocupar una posición elevada y conociendo la dignidad de esta filiación con una visión de los pensamientos de Dios.

Dios nos da a conocer el misterio de Su voluntad

Tal vez podamos trazar un paralelo entre este pasaje y la introducción a la epístola a los Efesios. Tan pronto como se nos habla aquí de nuestra gloriosa posición delante de Dios (Dios nos

ha predestinado a la adopción de hijos y nos ha aceptado en el Amado), se dice a continuación que la sabiduría de Dios y el misterio de Su voluntad han sido revelados a nosotros (Ef. 1:3-9).

Dios no desea otra cosa que hacerse conocido a Su hijos, así como revelarles los pensamientos y misterios de Su corazón. No tenemos la posición de siervos que no saben qué hace su maestro (ver Jn. 15:15), sino que hemos recibido la adopción de hijos. Esto quiere decir que podemos conversar sinceramente con Dios acerca de Sus profundos pensamientos.

¿Cuál es el tema de conversación de Dios con Sus hijos? Un tema que se centra en Su Hijo amado, el Heredero, con quien heredaremos nosotros también. Esto es lo que llena el corazón del Padre: la gloria de Su Hijo y todo lo que realizará a través de Él, pues Su plan es reconciliar en uno todas las cosas en Cristo y que nosotros seamos coherederos con Él, con quien Dios se complace. Como prueba de ello, fuimos sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida (Ef. 1:10-14).

Una triple promesa de bendición

Dios también habló a Jacob de la herencia que le tenía preparada. En Génesis 35:9-12 encontramos una promesa de bendición descrita bajo tres aspectos:

1. *Respecto a Jacob mismo.* Dios le bendijo y le reiteró lo que ya le había dicho en el capítulo 32 de Génesis acerca del nombre nuevo que llevaría desde entonces (Israel= Príncipe con Dios). De la misma manera, vemos en el capítulo 1 de Efesios que somos los objetos de las bendiciones de Dios. Nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo y en nuestra vida también nos contempla como hombres nuevos. Dios nos ha aceptado en el Amado y no nos observa como en Adán, sino en Cristo. Somos vestidos de todo el favor de Su Persona.

2. *Respecto a su descendencia.* Dios se reveló a Jacob como el Todopoderoso, porque en Peniel no podía decirle todavía Su nombre. También se dio a conocer a Abraham y a Isaac bajo la misma forma (Gn. 17:1; 28:3). Este nombre le caracteriza como Aquel que cuida de los débiles peregrinos y quien es capaz de garantizar el cumplimiento de Sus promesas. Ciertamente, puede cumplir todo lo que promete. Como cristianos conocemos a Dios en la más íntima relación de *Padre*, el nombre que el *Hijo* reveló.

3. *Respecto a la tierra y la herencia.* En este aspecto, Dios hizo nuevas las anteriores promesas a Abraham y a Isaac. Sin embargo, este asunto es más limitado aquí, pues el carácter de la bendición es exclusivamente terrenal. No se menciona ninguna bendición de la Simiente ni ninguna descendencia en relación con el cielo, como tam-

poco ninguna bendición de todas las naciones de la Tierra. Todas estas cosas las tenemos en el capítulo 22 de Génesis, derivadas, de hecho, del sacrificio del Hijo.

Pero Génesis 35 sí hace énfasis en la tierra que Jacob y su descendencia iban a heredar perpetuamente. Puesto que Jacob había regresado finalmente a su tierra, esto es tanto más comprensible. Esta promesa relacionada con la tierra de Canaán se cumplirá totalmente en el reino milenarío, cuando el Redentor venga a redimir la herencia y a restaurar la relación entre Dios y Su pueblo terrenal.

Para nosotros, que pertenecemos al pueblo celestial de Dios, la herencia tiene un carácter *espiritual, eterno y celestial* (Ef. 1:3). Es una parte específica de la Iglesia. De hecho, en la dispensación de la plenitud del tiempo la Iglesia reinará sobre la tierra con Cristo, pero nuestro verdadero lugar de morada será el cielo, la casa del Padre, donde el Hijo ha dispuesto un lugar para nosotros.

Como es natural, Jacob llegó aquí a un estadio elevado de su vida:

- Se había purificado de la inmundicia que se pegaba a él y se liberó de este yugo.
- Abandonó los ídolos y las cosas elementales del mundo religioso.
- Regresó de nuevo a la Tierra Prometida, de vuelta a Betel, la morada de Dios.

- Allí poseía un altar y se acercó a Dios como adorador.
- Estaba en la presencia santa de Dios como hijo, recibiendo una visión de Sus pensamientos y planes.
- Se presentaba ante Dios como un hombre nuevo. Su relación con Él estaba en orden, y nada podía impedir ya la comunión entre ellos.
- Recibió una nueva revelación de Dios, quien se reveló a Jacob y le bendijo con abundantes promesas tanto para él como para su descendencia. Como hijo de Dios, era asimismo heredero de la bendición que Dios le había preparado (Rm. 8:17 y Gá. 4:7).

Después de marcharse Dios del lugar donde había estado hablando con Jacob —pues no podía habitar en la tierra hasta que no se realizara la redención—, este conservó el recuerdo de esta maravillosa revelación levantando un pilar en el sitio donde había hablado con Él.

Antes de analizar el significado de esta segunda piedra conmemorativa en Betel, me gustaría llamar la atención del lector a la sorprendente similitud de este pasaje con lo que se nos explica en 2ª Co. 6. Es necesaria la separación del mal para tener comunión con Dios, lo mismo que se puede decir de Jacob, de los corintios y de nosotros también. Dios no se nos puede revelar a menos que respondamos a Su santidad y nos purifiquemos

de todo lo que es contrario a ella. Su templo no permite ninguna clase de contemporalización con los ídolos. Su casa es un lugar santo. Solo tras habernos purificado de toda inmundicia, Él nos podrá bendecir y decirnos:

*«Y yo os recibiré, y seré
para vosotros por Padre,
y vosotros me seréis hijos e hi-
jas, dice el Señor Todopoderoso»*

(2ª Co. 6:14-18)

EL SEGUNDO PILAR DE PIEDRA

Génesis 35

El lugar donde Dios habló con él

Después de la segunda revelación a Jacob en Betel, el patriarca levantó otra piedra conmemorativa: «Y se fue Dios de su lado, del lugar desde el cual había hablado con él. Jacob erigió entonces una señal en el lugar donde había hablado con él, una señal de piedra; derramó sobre ella una libación y echó sobre ella aceite. Y Jacob llamó Betel a aquel lugar donde Dios le había hablado» (vv. 13-15).

Betel parece haber sido un lugar importante, ya que por tres veces se afirma que era donde Dios habló o conversó con Jacob. Betel es la morada donde Dios habla con los Suyos y se les revela. Es la casa donde ellos se acercan a Él, habitan en Su presencia y con corazones agradecidos le adoran.

Este lugar no puede por menos que presentar un testimonio claro, y su importancia no es fácil de soslayar cuando el estandarte de la verdad se sostiene siempre en Betel. Esto es lo que significa

el pilar de piedra que Jacob levantó. Tenía que ser una señal duradera de la importancia de Betel, del lugar donde Dios habita en medio de los Suyos y donde se gozan de todo lo bueno que Él les ha preparado.

Al estudiar antes Génesis 28, ya vimos que este pilar de piedra habla de Cristo y de la Iglesia que se edifica sobre Él. Las Escrituras comparan también la Iglesia del Dios vivo con una columna, que recibe el apelativo de «columna y defensa de la verdad» (1ª Ti. 3:15). La Iglesia es el recuerdo permanente de la verdad acerca de la Persona de Cristo. Por medio de la Iglesia, el testimonio cristiano se extiende y es mantenido en el mundo.

Una época de avivamiento

Con el paso del tiempo, el testimonio de la Iglesia vino a menos y la casa de Dios se convirtió en un lugar donde entraban todas las cosas deshonrosas para Dios. Ya en tiempo de los apóstoles el testimonio respecto a Cristo estuvo mezclado de falsas doctrinas. La luz de la verdad se apagó y el brillante testimonio de la Iglesia primitiva se debilitó, de manera que la lámpara fue quitada de su lugar (Ap. 2:5). Durante mucho tiempo Jacob no tuvo ningún pilar y durante muchos siglos la Iglesia no poseyó un testimonio evidente. Pero entonces Dios permitió una recuperación, y el estandarte de la verdad ondeó de nuevo en el aire. El segundo pilar de piedra

testifica de esto como algo típico de una restauración del testimonio original, la cual Dios mismo efectuó.

De la misma manera, el relato profético de la Iglesia en Apocalipsis 2 y 3 nos muestra un nivel de restauración, un resurgimiento de la verdad que se había confiado a la Iglesia desde un principio. Leemos que la iglesia en Filadelfia había guardado la palabra de Cristo y fue fiel al confesar Su nombre (Ap. 3:8). Aunque mostró signos de debilidad, lo cierto es que «su poca fuerza» motivó que la luz de la lámpara se encendiera otra vez. Fue un remanente fiel en medio del declive general que guardó la palabra de Cristo y no negó Su nombre. Se ciñó a la autoridad de la Palabra inspirada y a la del nombre de Cristo.

Además de la verdad sobre Cristo, en lo referente a la Iglesia edificada en Él también hubo una restauración. Los ojos de muchos creyentes se abrieron de nuevo a la verdad de la Iglesia como la casa de Dios. Podría decirse que la verdad de *Betel* resurgió a la luz. Una vez más, se experimentó la preciosa bendición vinculada a este lugar. Mientras que, por una parte, estos cristianos miraban retrospectivamente a todos los fracasos que había acumulado la Iglesia, por otra miraban hacia su glorioso futuro, hacia su unión con Cristo en la gloria y a Su manifestación del cielo como la morada de Dios (Ap. 3:12; 21:2,10).

Sin lugar a dudas, esta aplicación *espiritual* a la

Iglesia va de la mano de una aplicación *profética* a Israel. Existe también una promesa de bendición para Israel en los últimos tiempos. Habrá asimismo un tiempo de avivamiento para el pueblo terrenal de Dios. Poseerán de nuevo su Betel, como al principio de su historia como nación, cuando la casa de Dios había ocupado su lugar central en medio de ellos. En los últimos tiempos, ocurrirá que la montaña de la casa de Jehová se situará a la cabeza de los montes (Is. 2:2; Mi. 4:1).

La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera (Hag. 2:9). Será construida de nuevo según el plan descrito por el profeta Ezequiel, y luego la gloria de Dios llenará el templo otra vez, quien regresará a Su pueblo después de que ellos hayan regresado a Él. La mayor bendición de la Sión restaurada será la presencia divina, porque la ciudad se llamará: «Jehová está aquí» (Ez. 48:35).

Derramó una ofrenda líquida sobre él

Por último, nos gustaría llamar la atención a un importante detalle en relación con este segundo pilar de piedra que Jacob levantó en Betel. No solo derramó aceite encima, como lo hiciera en Génesis 28, sino que además vertió una ofrenda líquida, una cierta cantidad de vino. Este es el primer lugar en las Escrituras donde se habla de esta clase de ofrenda. Más adelante, la hallamos relacionada con las ofrendas quemadas a diario y con respecto a las fiestas de Jehová (Éx. 29; Lv. 23; Nm. 28 y 29). Una ofrenda líquida cerraba el

conjunto de una ofrenda de grano y una ofrenda quemada.

Esta ofrenda líquida de vino nos habla del gozo que acompaña a la adoración del Señor, y sobre todo si esta adoración está restaurada — como pasó en la vida de Jacob—. Es la ofrenda de un corazón agradecido que por la gracia de Dios ha sido restaurado a Su comunión y al disfrute de Su presencia, agradeciéndole toda Su bondad. Tales restauraciones van siempre acompañadas de gozo y gratitud a Dios, que es quien las ha hecho posible. Nos gustaría exponer al respecto la restauración de la adoración del templo bajo el reinado de Ezequías (2º Cr. 29:35-36), la que tuvo lugar en tiempos de Esdras y Nehemías (Esd. 7:17), y la futura restauración de Israel (Ez. 45:17).

Mientras que el aceite nos habla del poder del Espíritu Santo para extender el testimonio de la verdad, el vino es una figura del gozo que caracteriza a un testimonio recuperado. La ofrenda líquida también se encuentra en el Nuevo Testamento (ver Fil. 2:17 y 2ª Ti. 4:6). Allí presenciamos el gozo del apóstol al dedicarse al servicio de su Señor, cuando se entrega por completo hasta el extremo de llegar a morir como un humilde seguidor de Cristo.

Con igual gozo, y tras poseer cuanto en ella hay, Israel se dedicará al servicio de la casa de Dios después de su regreso a la Tierra Prometida. Regresarán a la casa de Jehová con alegría

(Sal. 122:1). Sus bocas se hincharán de risas y sus lenguas proferirán cánticos (Sal. 126:2). Habrá gozo eterno sobre sus cabezas, obtendrán regocijo y alegría, y el dolor y el quejido desaparecerán de ellos (Is. 35:10). Sión prorrumpirá en cánticos y lágrimas (Is. 54:1). Los ayunos de su cautividad se convertirán en gozo, alegría y en fiestas animadas (Zc. 8:19). La Fiesta de los Tabernáculos, una fiesta de regocijo y de grato recuerdo de la salvación de Dios, motivará incluso que las naciones la celebren (Zc. 14:16).

Todo ello es aplicado a nosotros como creyentes que hemos sido bendecidos con bendiciones celestiales. Para nosotros la casa de Dios será también un lugar de gozo eterno, donde disfrutaremos ante la presencia de Dios como hijos y, alrededor del Hijo, el Cordero que fue inmolado, se centrarán todas las atenciones. Será el lugar donde empezaremos a deleitarnos y donde nuestro gozo no tendrá fin (ver Lc. 15:24).

En virtud de la gracia de Dios, Jacob encontró el camino de vuelta a Betel, a la casa de Dios. Por Su gracia, el hijo pródigo regresó a la casa del padre, y solo por Su gracia nosotros también tenemos un lugar en la casa de Dios. Es un privilegio que ahora comprendemos con flaqueza, pero pronto gozaremos de él en gloria perfecta. La gracia divina nos garantiza un lugar en la casa paterna, donde la comunión con el Padre y con el Hijo serán nuestro gozo eterno. Seremos recibidos como hijos y no como esclavos, porque «el

esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre» (Jn. 8:35).

*Tu soberano amor,
Padre, nos ha buscado,
alejados de ti, cautivos
del pecado; la obra
que tu Hijo ha efectuado
en paz nos ha devuelto
a ti y liberado.*

*Tú nos diste Aquel
en amor eterno,
para llevarnos a ti,
al hogar, aptos
para Tus designios
celestes, y como
hijos con Él estar.*

*En tu casa el amor
divino llena de
esplendor los aposentos;
mas el amor que
Tuyos nos hizo es
de esta casa
el ornamento.*